LOS HOMBRES de la historia



la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Mussolini

Ruggero Zangrandi

Centro Editor de
América Latina





LOS HOMBRES *de la historia* 15

Si hay un personaje en la historia reciente de Italia cuya figura y cuya vida es prácticamente imposible evocar con desapego y objetividad ése es Mussolini, tal es el cúmulo de pasiones, sugestiones, sentimientos, resentimientos, rencores, odios y polémicas que ha provocado y que están aún vivos en millones de italianos.
Todo el ciclo de su aventura política lleva el sello de su desconcertante personalidad que ejerció una gran fascinación al punto que, si bien durante un cuarto de siglo, sucesos y hechos inconfundibles se acumularon para probar que la realidad era diferente, el mito de la "revolución" mussoliniana se impuso, se mantuvo y sobrevivió hallando siempre nuevos creyentes que, casi como víctimas propiciatorias, le ofrecieron el sacrificio de su inteligencia, su razón y a menudo su vida. El espejismo de la "revolución" nunca realizada constituyó una trágica y hoy inverosímil alucinación y de tal deslumbramiento funesto fueron responsables Mussolini y su personalidad poco común pero, más que todo, la clase dirigente conservadora italiana, que se valió de él con extraordinaria habilidad.
Sin embargo, pese a las opiniones contradictorias sobre el personaje y sobre el fascismo en general, los italianos saben, sin posibilidad de revisión, cuánto daño han hecho al país el hombre y el régimen y, sin excluir la existencia de condiciones que contribuyeron a afianzarlo, no tienen dudas que Mussolini significó para Italia atraso, oscurantismo y desventura.
El juicio histórico sobre el duce sólo podrá ser severo y claro con el transcurso del tiempo. La historia no se preocupa por las intenciones, las contradicciones, los dramas íntimos y lo que, en las palabras o en las apariencias, contrasta con los hechos esenciales, sino que valora y clasifica a éstos en grandes síntesis. Y no podrá haber duda en tal cuadro, que Mussolini, aun si aspiró a lo mejor para su país, no lo realizó.
El antiguo militante socialista convertido en dictador de derecha, nació el 29 de julio de 1883 y fue ejecutado por los guerrilleros italianos el 28 de abril de 1945.

Primeros títulos

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores. Michele Pacifico, Mirella Brini, Lisa Baruffi.

Ilustraciones del fascículo nº 15 Snark, París: p. 16 (1, 2, 3); p. 23 (1); p. 26 (2).
Zennaro: p. 3 (1); p. 8 (1, 2); p. 10 (4); p. 24 (1); p. 27 (1, 2).
Las reproducciones de las obras de Scalarini, Manzú y Blume se deben a la cortés indicación del crítico M. de Micheli.
Las ilustraciones de p. 7 (2, 3) y de p. 11 pertenecen al Sr. Enzo Nizza, editor del volumen *Autobiografia del fascismo* (La Pietra, Milán, 1962) y propietario de una preciosa colección de documentos sobre el fascismo.
La redacción desea, además, agradecer al Sr. Lefevre del "Espresso" por sus consejos.

Traducción de Néstor Miguez

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Azara 225, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.
en febrero de 1985

Mussolini

Ruggero Zangrandi

1883
El 29 de julio nace en Dovia, distrito de Predappio, localidad de la Romaña situada a 16 kilómetros de Forli, el primer hijo del cerrajero Alessandro Mussolini y de la maestra Rosa Maltoni: Benito Amílcare Andrea.

1892
La madre de Benito lo inscribe en el Colegio Salesiano de Faenza.

1894
Benito es expulsado por indisciplina del Colegio Salesiano.

1901
El 8 de julio obtiene la licencia de la R. Escuela Normal con diploma de honor y elogio solemne.

1902
Después de enseñar durante algunos meses, decide tentar fortuna trasladándose a Suiza. En Lausana, después de algunas vicisitudes aisladas (fue también encarcelado por vagancia), entra en relación con los grupos socialistas italianos y colabora en el semanario "L'Avvenire del Lavoratore".

1903
Es arrestado, esta vez por motivos políticos, y se lo encarcela por 12 días; luego se lo expulsa y entrega a la policía italiana, que poco después lo deja en libertad. Al cabo de pocos días vuelve a Suiza, donde permanecerá todavía por un año y medio.

1904
Realiza una gira de conferencias hablando contra la religión y sosteniendo debates públicos sobre la existencia de Dios. El éxito obtenido lo estimula a publicar su primer libro, un folleto de tosca propaganda atea: *El hombre y la divinidad*.
En mayo se inscribe en la Universidad de Lausana, en el Instituto de Ciencias Naturales. A fin de año vuelve a Italia.

1905
Presta servicio en un regimiento de *bersaglieri* que tiene asiento en Verona. El 19 de febrero muere su madre.

1907
Vuelve a la enseñanza en un distrito de la comuna de Tolmezzo. Obtiene el diploma de habilitación para la enseñanza del francés.

1908
Retorna a su localidad natal. A partir de este año comienza a dedicarse exclusivamente a la política, como militante del partido socialista.

1909
Dirige la Cámara del Trabajo de Forli. Se traslada a Trento, como secretario de la Cámara del Trabajo y director del semanario socialista local.
También colabora en el diario "Il popolo" de Cesare Battisti.
En octubre, después de un breve paréntesis en Austria, vuelve a Italia. En Forli, se pone a la cabeza del partido socialista, en cuyas filas permanecerá hasta 1914.

1910
Muere su padre. Se convierte en redactor del periódico "¡Avanti!". Durante la guerra de Libia desarrolla, con una intensa actividad de publicista, una campaña tendiente a hacer a Italia "más grande y respetada" sin aventuras coloniales.

1911
Es condenado a 7 meses de cárcel por haber participado en los motines contra la guerra de Libia.

1912
En marzo recupera la libertad. En julio se traslada a Reggio Emilia para asistir al congreso nacional del partido socialista. Se convierte en uno de los líderes de la corriente socialista revolucionaria y hace expulsar del partido a los reformistas. Entra en la nueva dirección del PSI y se le confía la dirección de "¡Avanti!", cargo que conservará hasta 1914.

1913
En las primeras elecciones realizadas bajo la nueva ley de sufragio universal, se presenta como candidato por el distrito de Forli, pero no es elegido.

1914
En el congreso nacional del PSI realizado en Ancona, contribuye a la expulsión del partido de los masones. El 18 de octubre publica en el "¡Avanti!" un artículo contrario a la línea neutralista oficial del partido socialista.
Se lo obliga a abandonar la dirección del periódico.
El 15 de noviembre sale el primer número del diario "Il Popolo d'Italia", fundado por él para poder realizar su campaña en favor de la intervención de Italia en la guerra. Esto sella la ruptura definitiva con el partido socialista, que lo expulsa formalmente el 24 de noviembre.

1915
El 24 de mayo Italia entra en guerra contra los Imperios Centrales. Mussolini es llamado a las armas y parte para el frente con los *bersaglieri* del 11º Regimiento.

1916
El 29 de febrero se lo asciende a cabo. Es herido por un proyectil que explota mientras se ejercitaba con un lanzabombas.

1918
En la primavera reinicia su actividad de periodista en el Hospital de Milán.

1919
El 23 de marzo funda en Milán, en la sede del *Circolo per gli Interessi Industriali, Commerciali e Agricoli* situado en la plaza San Sepolcro, los *Fasci di Combattimento* (grupos de combate). Los participantes y adeptos de esta primera iniciativa se llamarían luego "sansepulcristas".
En junio se encuentra en Roma con Gabriel D'Annunzio, al parecer para elaborar un plan común con respecto a la empresa de Fiume.
El 16 de noviembre Mussolini se presenta en las elecciones en Milán, pero es derrotado

1921
En noviembre transforma el movimiento fascista en partido. En Milán se lo elige diputado.

1922
Después de haber fijado en una reunión de la dirección fascista en Nápoles la fecha precisa de la marcha sobre Roma (28 de octubre), vuelve a Milán, donde reinicia las conversaciones para hallar una solución pacífica del conflicto entre el gobierno y los fascistas.
Nombrado por el rey, después de la marcha sobre Roma para presidir el Consejo, se traslada a Roma, donde forma su primer gobierno de coalición.

1923
El 12 de enero convoca al Gran Consejo del Fascismo y disuelve todos los grupos armados para formar la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional.

1924
En las elecciones generales del 6 de abril las listas fascistas obtienen el 60 % de los votos. El diputado socialista Giácomo Matteotti denuncia en la prensa y en el parlamento las intrigas electorales y los abusos de los fascistas. La impresión en el país es enorme.
Mussolini ordena a algunos miembros de los grupos de choque que castiguen severamente a Matteotti, quien es asesinado el 10 de junio. La ola de indignación que se levanta en todo el país por este grave delito político amenaza con echar abajo a Mussolini y, con él, al fascismo.

1925
Con el discurso pronunciado en la Cámara de Diputados el 3 de enero, Mussolini recupera el dominio de la situación. En esos mismos días, sufre un ataque provocado por una úlcera en el duodeno.
Mientras se encuentra en Bolonia para la celebración del aniversario de la marcha sobre Roma, el 31 de octubre lo atacan a balazos, pero sale ileso. El presunto autor del atentado, Anteo Zamboni, de 15 años, es linchado inmediatamente por la multitud enfurecida. Mussolini aprovecha el incidente para hacer aprobar por el parlamento, poco tiempo después, una serie de disposiciones legislativas "para la defensa del Estado". Después de suprimir partidos y periódicos de oposición y de crear instituciones judiciales extraordinarias, el fascismo se convierte definitivamente en una dictadura.

1927
El 29 de abril promulga la "Carta del trabajo".

1929
El 11 de febrero, en la Sala de los Papas del Palacio de Letrán, se encuentra con el cardenal Pietro Gasparri para firmar el acuerdo de los "Pactos de Letrán". En junio se ratifican los pactos, pero siguen produciéndose incidentes (hasta 1931) entre los fascistas y la Acción Católica.
En setiembre Mussolini se traslada al Palacio Venecia, restaurado para tal ocasión.

1930
La hija mayor de Mussolini, Edda, se casa en abril con Galeazzo Ciano, joven diplomático, hijo del comandante de la Beffa di Buccari, Costanzo Ciano.

1931
El 21 de diciembre muere Arnaldo Mussolini, quien había vivido siempre silenciosamente junto a su hermano Benito, ejecutando para éste todo género de tareas y tratando de obtener una moderada influencia en política.

1932
Mussolini manda a Eritrea al general De Bono con la orden de hacer un informe sobre las condiciones de aquella región. Se prepara la empresa de Abisinia.

1933
Suscribe el Pacto de los Cuatro, junto con los gobiernos inglés, francés y alemán, para el mantenimiento de la paz en Europa.

1934
Un incidente fronterizo provocado en Ual-Ual le permite preparar la agresión de Abisinia. En el verano impide el *Anschluss* (la anexión de Austria por Alemania) mediante el envío de tropas al Brennero.

1935
Obtiene del ministro francés que está de visita en Roma, Laval (filofascista), la promesa de desinteresarse de los territorios sobre los cuales Italia aspira a obtener el protectorado.
Participa con las potencias democráticas en las reuniones de Stresa, en las cuales se confirma la independencia austriaca.
El 3 de octubre comienza la guerra de Abisinia.

1936
El 9 de mayo Mussolini proclama la constitución del Imperio. El 17 de julio firma un tratado de alianza con el general Franco, por el cual se compromete a ayudar a los franquistas en la guerra civil contra el legítimo gobierno republicano.

1937
Mussolini, que siempre se había considerado superior al dictador alemán en cuanto a genio político y organizativo y había rechazado antes las propuestas de alianza y colaboración, se encuentra ahora obligado por la lógica de los hechos a solicitar la alianza con Hitler. El 25 de setiembre, la primera visita oficial de Mussolini a Alemania sella el acercamiento entre las dos dictaduras. El retiro de Italia de la Sociedad de las Naciones, retiro decidido por Mussolini en diciembre, es su primera consecuencia política.

1938
Ligado ya a Hitler de modo indisoluble, Mussolini copia su política interna y el 14 de julio lanza la campaña antisemita, mediante una serie de disposiciones legislativas de carácter discriminatorio y persecutorio con respecto a los ciudadanos judíos.

1939
Mussolini estipula con Alemania el tratado de alianza militar llamado "Pacto de Acero". Sin embargo, la agresión de Alemania contra Polonia y el estallido de la guerra mundial encuentran a Mussolini vacilante en cuanto a seguir a su aliado en esa aventura.

1940
El 18 de marzo Mussolini se encuentra en el Brennero con Hitler y el 10 de junio declara la guerra a Francia.
El 28 de octubre ataca a Grecia, en la presunción de poder ocuparla rápidamente y sin esfuerzo. Pero la empresa resulta dificilísima y muy dura; solamente será llevada a término al año siguiente, con la colaboración decisiva de las tropas alemanas.

1941-43
La marcha progresivamente desastrosa de la guerra pone a Mussolini cada vez más a remolque de la iniciativa política y militar de Hitler.

1943
En la tarde del 14 de julio se reúne el Gran Consejo del Fascismo, después del desembarco aliado en Sicilia. Se aprueba por mayoría, durante la noche, una orden del día presentada por Grandi: es la derrota de Mussolini quien, en la tarde del 25 de julio es arrestado por orden del Rey, a cuya sede se había trasladado para relatar los acontecimientos de la noche anterior. El 12 de setiembre un grupo de asalto alemán irrumpe en la villa del Gran Sasso, donde Mussolini se encuentra arrestado, y lo libera llevándolo por aire a Alemania. El 18 de setiembre Mussolini anuncia por radio la constitución de la República Social Italiana en los territorios de Italia septentrional, todavía ocupados por los alemanes.

1944
El 10 de enero el Tribunal de Verona condena a muerte a los miembros del Gran Consejo culpables de haber votado la orden del día de Grandi. Entre los condenados y fusilados se encuentra el yerno de Mussolini, Galeazzo Ciano.

1945
En los primeros días de abril Mussolini se traslada de Gargnano a Milán, en un supremo intento de realizar negociaciones de rendición con los aliados. Se le responde que la rendición debe ser incondicional. Puesto que es inútil e imposible toda resistencia ulterior, el 27 de abril se une a una columna motorizada alemana que se dirige hacia el norte, pero en Dongo la columna es detenida por guerrilleros, revisada y Mussolini arrestado junto con otros italianos, entre los que figuraba Claretta Petacci, quien había vivido con él en los últimos años.
A las 15 horas del 28 de abril, frente a una villa cercana a Giulino di Mezzegra, Benito Mussolini es fusilado por los guerrilleros.





1. Mussolini, revolucionario, neutralista y con bigotes, en 1910.

2. Mussolini es arrestado en la época de los motines contra la guerra de Libia, en 1911.

Si hay un personaje de la historia reciente de Italia cuya figura y cuya vida es prácticamente imposible evocar con desapego y objetividad, ése es Mussolini, tal es el cúmulo de pasiones, sugestiones, sentimientos, resentimientos, rencores, odios y polémicas que ha provocado y que están aún vivos en millones de italianos.

Por otra parte, pocas son las figuras modernas destacadas que presentan como él, a biógrafos, críticos e historiadores, una personalidad tan compleja, contradictoria, cambiante, intencionalmente enmascarada e instintivamente simuladora, atrayente y repulsiva, impenetrable y manifiesta y, en definitiva, siempre increíble, tanto en los aspectos positivos como en los reprobables. Todo el ciclo de su aventura política (que costó a los italianos ilusiones y desilusiones, entusiasmos, exaltaciones, amarguras y tragedias) lleva el sello de esta desconcertante personalidad que logró, sin duda, ejercer una gran fascinación (recuérdese a Bottai, hombre sensible y culto, el cual, aunque será uno de los que contribuyan a derrocar a Mussolini, conservó en realidad por él una devoción casi ciega, no hasta la muerte del dictador, sino hasta la suya propia); fascinación que le impidió a Bottai ver o reconocer la pavorosa incoherencia de su conducta y lo engañó, a él, a los otros y en cierta medida a la historia misma. Así fue que, mientras durante un cuarto de siglo sucesos y hechos inconfundibles se acumularon para probar que la realidad era diferente, el mito de la "revolución" mussoliniana se impuso, se mantuvo y sobrevivió, hallando siempre nuevos creyentes que, casi como víctimas propiciatorias, le ofrecieron el sacrificio de su inteligencia, su razón y a menudo su vida.

El espejismo de la "revolución", que no se realizó nunca, pero que mientras tanto justificaba una cantidad de cosas (métodos antiliberales y autoritarios, compromisos "temporarios" con adversarios de clase reconocidos y hasta agresiones militares que deberían representar sus premisas) que de otro modo eran inaceptables, constituyó la trágica y hoy inverosímil alucinación que sufrieron millones de italianos, durante más o menos tiempo y no pocos hasta el final. De tal deslumbramiento funesto fueron responsables Mussolini y su personalidad poco común, pero más que todo la clase dirigente conservadora italiana, que se valió de él con extraordinaria habilidad.

Puede confirmarnos esto —nos parece—, un documento insospechable por la fuente y la fecha (que un joven estudioso, Renzo De Felice, ha encontrado recientemente en el Archivo Central del Estado), el cual, más auténticamente que cualquier juicio póstumo, introduce al conocimiento del "personaje" y a la comprensión de los acontecimientos históricos de los que fue protagonista, y que, por esto, merece que se lo comunique extensamente a modo de introducción.

Se trata de un informe policial, redactado por un diligente funcionario de Giolitti, el inspector general G. Gasti, quien el 4 de junio de 1919 comunicó al presidente del Consejo Vittorio Emanuele Orlando, al subsecretario del Interior y a la Dirección General del P.S. muchas noticias preciosas y aclaradoras que fueron silenciadas por los políticos destacados de la época, que las conocían pero no las revelaron, aunque se vieron despojados (¿o provechosamente sustituidos o integrados?) por el "rebelde útil a la patria", Benito Mussolini.

El informe del inspector

He aquí, según la minuciosa relación de un experto institucionalmente habilitado para evaluar hombres y hechos con vistas al "interés nacional", ya en la primavera de 1919, "el profesor Benito Mussolini".

"En una asamblea del Fascio —comienza el inspector— ejemplificó el programa afirmando: 'Este es mi programa, pero puede no ser el vuestro, y en este caso podremos discutirlo y modificarlo' (...) En los aspectos económicos y financieros se propone una medida revolucionaria que ningún partido hasta ahora, ni siquiera el partido que pretende monopolizar la revolución, ha presentado nunca: el impuesto extraordinario y progresivo sobre el capital.

"En otra asamblea del día siguiente, el 10 —informa más adelante el inspector—, para integrar el programa de realización, Mussolini propuso la discusión de tres postulados concernientes respectivamente al problema militar, al eclesiástico-religioso y al obrero. Acerca del problema militar sostuvo que no se debe por ahora hablar, dadas las condiciones actuales en las que el mundo sale del conflicto de los pueblos, y por ello es necesario sostener el viejo postulado de la escuela republicana: la nación armada. Sobre el problema eclesiástico, sostuvo que las iglesias sean consideradas asociaciones privadas sujetas a las leyes comunes, y la separación de la Iglesia del Estado con abolición del privilegio estatutario y la confiscación de los bienes eclesiásticos. En el campo obrero, dijo que es necesario arrancar al proletariado de la tiranía de los pocos dirigentes que actúan para lograr sus propios fines y coartan, limitan y tiranizan sin discusión y sin discernimiento los destinos de las masas. Habló de las Cámaras del Trabajo y de la gran masa obrera 'que sigue a los fracasados dirigentes de la Confederación del Trabajo', diciendo que es necesario emancipar a la masa de estos 'prestidigitadores'."

Hasta aquí las noticias de carácter ideológico, que constituyen la premisa de todo lo que se sabe (o, quizás se sabe todavía poco) sobre los orígenes del movimiento mussoliniano y su programa revolucionario de la asamblea de S. Sepolcro (23 de marzo de 1919), en la que se enunciaron minuciosamente todos los postulados que el régimen fascista *no* realizó, como si tuviese aquel va-

demécum de guía para descartarlos o invertirlos [1].

Pero el comisario Gasti era, con todo, un funcionario de P. S.: inteligente, no tosco y hasta previsor como se verá, pero sujeto a los patrones de información propios de su tiempo y de todos los tiempos. De este modo, después de las noticias políticas "abstractas", pasa a las propiamente biográficas, que debían iluminar a sus superiores (¡y cómo!).

"Mussolini, Benito, profesor, hijo de Alessandro, nacido en Predappio (Forli) el 29-7-1883, residente en Milán en Foro Bonaparte 38, socialista revolucionario, prontuariado, maestro habilitado para la enseñanza en escuelas secundarias. Fue primer secretario de las Cámaras de Trabajo de Casena, Forli y Ravenna y luego, desde 1912, director del periódico '¡Avanti!', al que imprimió un carácter violento, sugestivo e intransigente. En octubre de 1914, se puso en contra de la dirección del partido socialista italiano, por defender la neutralidad activa de Italia en la guerra de las naciones en contra de la tendencia defensora de la neutralidad absoluta, y se retiró el 20 de dicho mes de la dirección del '¡Avanti!'. Luego, inició el 15 de noviembre siguiente la publicación del periódico 'Il Popolo d'Italia', en el cual sostuvo, en síntesis con '¡Avanti!' y en áspera polémica contra este periódico y sus principales inspiradores, la tesis de la intervención de Italia contra el militarismo de los Imperios Centrales. Por tal hecho fue acusado de indignidad moral y política y se decidió su expulsión del partido."

Después de algunas observaciones sobre las cualidades militares de Mussolini ("siempre el primero en toda empresa de trabajo y de audacia"), y sobre sus vinculaciones sentimentales (matrimonio, el 6 de diciembre de 1915), "con la coterránea Rachele Guidi, de la cual había tenido ya una hija, Edda, procreada en Forli en 1910, y tempestuosa relación con la trentina Ida Irene Dalser, de la cual Mussolini había tenido un hijo en noviembre de 1915 (y otros embrollos, pues la mujer, definida como "histérica exaltada", lo chantajeaba hasta el punto de que la prefectura de Milán debió impedir, el 22 de mayo de 1917 su permanencia en la provincia, en tanto Mussolini debió pasarle un subsidio de 200 liras al mes), el informe de Gasti pasa a informaciones más interesantes. Entre éstas se cuenta la financiación confirmada, por parte del gobierno francés, del "Popolo d'Italia" (financiación obtenida por el conocido intrigante Filippo Naldi); la "voz pública" es que Mussolini habría obtenido otras financiaciones de "asociaciones patrióticas", de la Masonería y del Partido Republicano; y agotadas estas fuentes, en este último período también de las firmas Pirelli y Ansaldo; se dice que con este último firmó un contrato de publicidad por "cerca de 500 mil liras". También se refiere el informe a la circunstancia de que, después de su separación del PSI, Mussolini tuvo "constantemente una amplia disponibilidad de capitales que le permitieron, no solamente la costosa publicación de su periódico, sino también una gran profusión de gastos con fines de propaganda, beneficencia y también de beneficio personal".

Las "observaciones fisio-psicológicas"

El informe suministra luego un retrato completo —intelectual, psicológico y moral— del "sujeto", que es un documento de incomparable agudeza. "De fuerte constitución física, aunque haya sufrido de sífilis —escribe el inspector—, dicha fortaleza le permite realizar un trabajo continuo: duerme hasta una hora tardía de la mañana, sale de su casa a mediodía, pero no vuelve hasta las tres de la madrugada (. . .). Es un sensual, lo cual se demuestra por sus diversas relaciones con mujeres (. . .). Es un emotivo y un impulsivo, características que lo hacen sugestivo y persuasivo en sus discursos (. . .). En el fondo es un sentimental y esto le atrae muchas simpatías y amistades. Es desinteresado, pródigo en el dinero que maneja, lo cual le ha dado una reputación de altruismo y de filantropía. Es muy inteligente, agudo, mesurado, reflexivo y buen conocedor de los hombres y de sus cualidades y defectos. Predispuesto a las simpatías rápidas es capaz de sacrificios por los amigos y tenaz en las enemistades y los odios. Es valeroso y audaz; tiene cualidades organizativas y es capaz de decisiones rápidas; pero no es tan tenaz en sus convicciones y propósitos. Es muy ambicioso. Está animado por la convicción de representar una fuerza notable en los destinos de Italia y está decidido a hacerla valer. Es hombre que no se conforma con puestos de segundo orden. Quiere destacarse y dominar . . ."

Siempre según Gasti, Mussolini "fue un apóstol sincero y apasionado, primero de la neutralidad vigilante y armada, y luego de la guerra; y no creía renunciar a su honestidad personal y política al valerse de todos los medios, cualquiera que fuese la parte de donde viniesen . . .". Y "es difícil precisar en qué medida abandonó luego sus convicciones socialistas, de las cuales nunca hizo manifestación ni abjuración pública . . ." Y si bien "se han verificado estos cambios, y hasta ensombrecen su espíritu y pueden traducirse larvadamente en la realidad de las cosas y las situaciones, él nunca los dejará traslucir con evidencia, no permitirá que otros los desnuden y los develen, siempre querrá parecer socialista y quizás se ilusionará que lo es, a pesar de que su obra pueda ser utilizada con fines constitucionales . . ."

El inspector llega finalmente a esta conclusión que es casi un consejo: "Si una persona de elevada autoridad e inteligencia sabe hallar en sus características psicológicas el punto de menor resistencia, sabrá sobre todo serle simpático e insinuarse en su ánimo, sin oponerse inicialmente a sus visiones y previsiones políticas; si sabe demostrarle cuál es el verdadero interés de Italia (porque yo creo en su patriotismo), si, con mucho tacto y manifestando respetar sus convicciones íntimas y su táctica, en pro de una colaboración necesaria, se le ofrecen los fondos indispensables para la acción política concertada, de modo que no aparezca la intención —que será ofensiva— de acapararlo o domesticarlo, Mussolini se dejará conquistar poco a poco."

Este informe de fines de la primavera de 1919 estaba dirigida, como se ha dicho, a las más altas autoridades políticas y policiales. Y, aparte de los excepcionales méritos en la descripción de la compleja personalidad del hombre, casi parece, en una consideración retrospectiva, haber constituido una indicación práctica para sus destinatarios. De hecho, después de la emprendedora iniciativa de Pirelli y Perrone, obtuvo la financiación de los agrarios y los industriales, la complacencia de las autoridades constituidas en el apoyo al activismo de sus brigadas, las disposiciones de Bonomi, ministro de Guerra (desde marzo de 1920 hasta mayo de 1921, y luego presidente del Consejo, desde julio de 1921 hasta febrero de 1922), quien, a través del jefe de S.M., Badoglio, y con la connivencia de muchas autoridades militares periféricas, hizo que el ejército suministrase armas y camiones a las brigadas y que los oficiales desmovilizados adhiriesen a los grupos (*fasci*) de combate. Pero sobre todo, surgió esa "persona de elevada autoridad" a quien el inspector brindaba tan preciosas sugerencias para utilizar, "con fines constitucionales", la desbordante energía del profesor Mussolini, hallando el *punto de menor resistencia*, esto es, consintiéndole que se considerase un revolucionario y un socialista, pero indicándole poco a poco "el verdadero interés" de la Patria: fue el Rey.

Si hay una verdad que pueda considerarse en adelante como adquirida es que Mussolini, a pesar de su fuerte personalidad y como consecuencia de esos rasgos de carácter tan eficazmente señalados por Gasti, fue, desde el comienzo hasta el fin de su parábola de conductor, un instrumento en las manos de la vieja clase dirigente conservadora. Y es menester agregar que tal interpretación, corriente y casi obvia, no es respetada —aunque la afirmen— por cuantos, historiadores o políticos, continúan hablando de Mussolini animosamente atribuyéndole más culpas de las que le corresponden y más daños de los que provocó por sí solo. Al igual que los otros, los admiradores menos necios, por un fenómeno idéntico pero de signo contrario, eximen a Mussolini de toda culpa o daño

(que hacen recaer sobre la misma clase conservadora que lo rodeó, lo condicionó y finalmente lo traicionó), sin tomar en cuenta que, para sufrir una violencia tan prolongada, se necesitaba un mínimo de voluntad o aquiescencia.

Las primeras experiencias

Los pocos que han transmitido noticias no hagiográficas sobre Mussolini y testimonios sobre su adolescencia y sus primeras experiencias políticas (antiguos condiscípulos, maestros, amigos y compañeros, que siguieron otros caminos) brindan un retrato que, en particular por las observaciones sobre el carácter, deja entrever cómo será el adulto y también el político (supuesto que llegase a serlo, lo cual, dada su inquietud y su facilidad para cambiar de humor, no parecía en modo alguno seguro), esto es, una mezcla de improvisación, versatilidad, oportunismo, destreza, captación del momento, indudable conocimiento de los hombres y de las masas, en particular en sus peores aspectos; y todo ello sin profundas raíces ideológicas ni morales.

Hijo de un herrero de la Romaña de origen campesino, medio anarquista y medio socialista, republicano, anticlerical y —lo que más cuenta— "vigilado", Benito Mussolini tuvo una infancia ruda, impregnada de pobreza y de lecturas "subversivas" (de cierto nivel cultural para su tiempo y su ambiente, pues iban desde *Los miserables* hasta *El capital*, además de las hojas socialistas locales). Se convirtió pronto en un muchacho rebelde, introvertido, agresivo, insolente, duro tanto para golpear a los otros como para someterse a sí mismo a esfuerzos físicos poco comunes, amante de la música y de la soledad, de las jovencitas de Dovia y de Forlimpopoli y de los más diversos y desordenados estímulos. Ya entre los 16 y los 18 años, a comienzos del siglo, empezó a ocuparse públicamente de la política. En la primavera de 1902 recibió el nombramiento de maestro elemental; pero esa actividad y esa existencia no lo satisfacían. Decidió buscar fortuna en Suiza, a donde emigró durante el verano de ese año.

Allí ejerció diversos oficios (peón de albañil, dependiente de vinería, criado de una droguería, carpintero y, más a menudo, desocupado y vagabundo) a la par que realizaba una actividad política entre los inmigrantes italianos, sólidamente organizados en ligas socialistas; también comenzó a escribir en periódicos. Se hizo conocer y estimar (y también ayudar) por varios dirigentes políticos: Serrati, Zannini, Momigliano, Dinale y la Balabanoff. Al parecer también conoció, aunque sólo de vista, a Pareto y a Lenin. Vagando de cantón en cantón, siempre mezclado en asuntos de mujeres y expulsado como "indeseable" por la policía helvética, logró sin embargo permanecer en Suiza alrededor de un año y



1



2



Il Popolo d'Italia

LA RIPRESA DEL NOSTRO MOVIMENTO

L'imponente "Adunata„ di ieri a Milano

3



L'ARDITO

Dal balcone dell'"Avanti!„ sventola il vessillo nero!

4

1. El retorno del veterano, plaga nacional,, según la fuerte representación del humorista Scalarini.

2. La sede de la Cámara del Trabajo de Bolonia, destruida por los fascistas.

3, 4. Las primeras planas del diario fascista "Il Popolo d'Italia" y del "Ardito"



1. D'Annunzio en Fiume. El "poeta soldado" y el jefe del fascismo se disputaron en un comienzo la conducción del movimiento subversivo nacionalista en los primeros años de la postguerra. La empresa de Fiume y la Marcha sobre Roma fueron sus aportes respectivos y rivales. Pero al final, D'Annunzio se resignó al papel de figura decorativa del régimen. A su posición de poeta nacional no correspondió ningún ascendiente político.

2. Zamboni, socialista, y Acerbo, fascista, en la época del pacto de paz.

3. Comienza la propaganda fascista.

4, 5. Dos estampas conmemorativas ilustran la "Marcha sobre Roma".

medio. A comienzos de 1905 era militar en Verona, después de haber sido declarado desertor y luego amnistiado.

Al terminar su alistamiento como *bersagliere*, fue maestro en Tolmezzo, desde noviembre de 1906 hasta agosto de 1907 (de ese período sólo queda el recuerdo de una tumultuosa y escandalosa relación con una mujer casada). Luego, después de una breve permanencia en la Romaña, fue profesor de francés en un instituto privado de Oneglia (febrero-julio de 1908), donde recibió ayuda y estímulo de los hermanos Serrati y de los socialistas locales, quienes le abrieron las columnas del semanario "La Lima". Volvió a la región de Forli y se lanzó a la actividad política, participando en agitaciones agrarias (fue también procesado y condenado), pero experimentó gran incertidumbre acerca de la carrera a seguir; hasta que, por intercesión de la Balabanoff y de Serrati, fue nombrado secretario de la Cámara de Trabajo de Trento. Allí permaneció 8 meses (febrero-setiembre de 1909) y su actividad fue intensa y turbulenta. Aparte de los acostumbrados asuntos de mujeres, se distinguió como agitador y polemista: escribió mucho, no sólo en "L'Avvenire del Lavoratore", que dirigía y al que imprimió un tono radical y subversivo, sino también en el "Popolo" de Cesare Battisti (con quien trabó amistad) y redactando por su cuenta los escritos más dispares, desde un ensayo sobre el Trentino, *El trentino visto por un socialista*, hasta *Hus el auténtico* y una novelita de folletín, *Claudia Particella, la amante del cardenal*, de sombríos tintes anticlericales.

Su actividad trentina se caracterizó, en efecto, por una intensa polémica contra el clero y los católicos (sostuvo también, en Untermais, un debate público con De Gasperi, por entonces socialista cristiano, a quien replicó que los católicos nunca podrían estar sinceramente a favor de los trabajadores) y, si bien no se mezcló en cuestiones irredentistas, fue expulsado por las autoridades austríacas. Esto le valió una favorable fama de perseguido.

Al volver a la Romaña, después de un breve período de insatisfacción e incertidumbre sobre qué hacer (aspiraba a ser periodista, pero mientras tanto solicitó ser nombrado empleado público), así como de dificultades materiales (se las arregló para ayudar a su padre, ya viudo y anciano, que había abierto en Forli una sociedad con la viuda Guidi, madre de Rachele, con la cual se uniría libremente al poco tiempo), Mussolini tuvo la fortuna de ser elegido, a fines de 1909, secretario de la Federación Socialista de Forli y director del nuevo semanario local "La lucha de clases".

Militante socialista

Fue así como, en el curso de una veintena de meses (hasta el otoño de 1911), Mussolini se ejercitó como dirigente político, organizador y cabecilla.

Era entonces un "socialista revolucionario", intransigente y extremista. Orador eficaz, polemista violento, político agudo y previsor, le resultó fácil conducir el socialismo de la Romaña a posiciones avanzadas y hacer de tal estado de cosas un trampolín para ascender al plano nacional. Sus temas preferidos fueron en aquel entonces la exasperación de la lucha de clases, el anticlericalismo, el antimilitarismo, la polémica en el interior del partido contra los moderados, los reformistas, los masones y los "colaboracionistas" (en marzo de 1911, algunos diputados socialistas, entre ellos Bissolati y Bonomi, habían "subido las escaleras del Quirinal" para participar en las consultas del rey después de la caída del gobierno de Luzzatti).

Pero la ocasión para su primera *hazaña* revolucionaria fue la guerra de Libia. En el verano de 1911 comenzó a perfilarse, después que Francia ocupó Marruecos, la intervención italiana en África, bien vista por el gobierno de Giolitti, solicitada por razones prácticas por grupos financieros e industriales encabezados por el Banco de Roma, calladamente apoyada por los católicos por razones "de misión" e ideal y poéticamente exaltada por los nacionalistas guiados por Enrico Corradini, por los futuristas y por muchos futuros arribistas y luego exponentes del fascismo. Contra esta perspectiva (debía ser la primera "guerra relámpago" del siglo, pero en realidad duró dos años, y sus consecuencias para la "pacificación" se prolongaron hasta 1930), el PSI era ambiguo, pero las multitudes alborotaban y los socialistas revolucionarios, como los republicanos, combatieron a fondo.

No carece de interés recordar los argumentos usados por Mussolini en su fogosa polémica contra los nacionalistas: "Antes de conquistar Trento, Trieste y la Tripolitania es necesario conquistar Italia, llevar agua a la Pulla, sanear el Agro Romano, llevar la justicia al Sur y el alfabeto a todas partes..." Al comenzar la guerra, hubo en toda Italia reacciones populares violentas. Mussolini encabezó los motines poco menos que insurreccionales de Faenza, junto con el republicano Pietro Nenni. Después de sofocada la revuelta, sus promotores fueron arrestados, recluidos en la cárcel de Forli y procesados y condenados en octubre de 1911. Con los atenuantes de la apelacción, Nenni recibió 7 meses y Mussolini 5; pasaron juntos ese período y se hicieron amigos.

En ese período Mussolini escribió su primera autobiografía, *Mi vida*. Son ochenta páginas desconcertantes y aclaradoras, por el modo abierto, cínico y ciertamente genuino de confesar el pasado, las concepciones filosóficas y los sentimientos íntimos del

agitador revolucionario que no tenía todavía treinta años.

Mussolini fue excarcelado el 12 de marzo de 1912. Volvió a la libertad y a la acción con una aureola de martirio que lo hizo popular y que supo explotar. En realidad, en ese momento comenzó concretamente su carrera política en el seno del PSI. También en ese período apareció explícita y distinta la formación ideológica del agitador, que él mismo manifiesta y que le conferirá en los dos años siguientes de militancia socialista y luego en el viraje intervencionista, en la división egocéntrica del fascismo de posguerra y aun en los 20 años siguientes, los estigmas del "revolucionario solitario", esto es, del seudorrevolucionario. Sus textos fundamentales son, después de las "lecciones" de Pareto (que, según él, habría seguido en Suiza, lo cual es discutible) y de las cuales deriva sobre todo la "teoría de las *élites*", Louis Auguste Blanqui (comunero parisiense que pretendía realizar la revolución social mediante la violencia organizada y un pequeño ejército de iniciados y especialistas), Max Stirner (el teórico del Yo), Friedrich Nietzsche (el filósofo poeta que exaltaba al superhombre y la voluntad de poder) y George Sorel (el teórico de la capacidad mayéutica de la violencia y del sindicalismo "fuerte", como instrumento único de la rebelión proletaria).

Después de abrevar en estas fuentes era el hombre del momento, en el clima revolucionario de los años 1912-14: se convirtió —podría decirse que *naturalmente*— en el defensor del intervencionismo de izquierda y estaba predestinado a asumir el papel del "hombre de la Providencia" como jefe de la "revolución" fascista, que partiendo del programa de S. Sepolcro de 1919 llegaría a la reivindicación de un "puesto bajo el sol", donde quiera que fuese, 15 años más tarde. El hecho es, sin embargo, que todas estas "fuentes", por entonces y más tarde, no sólo fueron por él mal comprendidas y mal digeridas, sino que nunca constituyeron más que un adorno y una justificación exterior de su conducta política. Pero por el momento, Mussolini tenía los documentos en regla; además, eran también buenos documentos para afirmarse entre los socialistas de su tiempo y de su región. Junto con los otros exponentes de la corriente revolucionaria (Costantino Lazzari, Serrati, Ciccotti y la Balabanoff), fue enviado al Congreso del PSI de Reggio Emilia de julio de 1912, donde se impuso, no sólo por su oratoria impetuosa, sino también por el hecho de que se atribuyó el papel, ingrato pero de gran efecto, de acusador público de los socialistas moderados. Pidió y obtuvo la expulsión del partido de los líderes reformistas más comprometidos y notorios: los que habían subido las escaleras del Quirinal, los "tripolitanos", los "ascari" (soldados coloniales) de Giolitti.



2



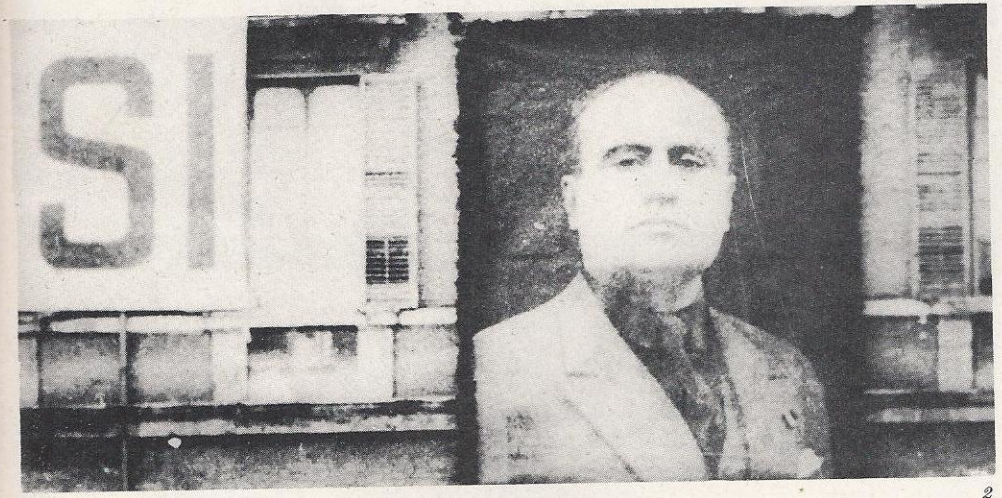
3

4

5



1



2

1. Foto de familia, parte de la hagiografía oficial.

2. Una imagen de la campaña electoral por el plebiscito. El "Sí" estaba impreso también en la papeleta.

3. En una foto de la "Illustrazione Italiana", la Milicia Nacional constituida por Mussolini hace la guardia armada en el Parlamento.

4. La primera sesión del Consejo de Ministros con Mussolini en el centro.

Fue un papel que, en resumen, le cedieron con gusto sus más antiguos y experimentados compañeros de tendencia y que él asumió, consciente de que, por penoso que fuese, serviría para destacarlo y colocarlo en los puntos fundamentales del partido. En efecto, después de la expulsión de los diputados Bissolati, Bonomi, Cabrini y Podrecca, el nuevo jefe de los socialistas revolucionarios logró alterar el equilibrio reinante desde hacía tiempo en la dirección del PSI obteniendo un puesto en la nueva dirección y, tres meses después, a pesar de los contrastes y gracias a circunstancias afortunadas, la dirección del órgano del partido.

El salto desde "La lucha de clases" hasta el "¡Avanti!" y desde Forli hasta Milán representó para Mussolini, que tenía poco más de 30 años, uno de esos sucesos, también de carácter burocrático en cierto sentido, que raramente se producen en la carrera de los revolucionarios. Al llegar a ser director del antiguo e influyente órgano oficial del PSI y al trasladarse a la metrópoli lombarda, capital, no sólo económica, sino también cutural y política de Italia, el joven provinciano, todavía desconocido para la mayoría, supo trabajar con vigor, obstinación, audacia y ductibilidad; y logró imponerse. Aunque excluido del salón de Turati y de la Kulisciof (que era desde hacía 30 años el centro cultural del socialismo milanés italiano y, por la importancia que éste tenía en Europa, internacional), Mussolini fue un buen director del órgano socialista y logró sin dificultades hacer de él también una tribuna personal. Puede decirse que en aquel entonces, además de su ambición, sus dotes y la Balabanoff, que lo ayudaron no poco, también le fue favorable la fortuna. En la práctica no halló resistencias ni oposiciones, también por el hecho de que los más autorizados y antiguos exponentes del PSI ni siquiera lo tomaban en consideración como competidor. En el fondo eran notables, con posiciones seguras y sólidas, aun fuera del Partido, y el uso del poder (aunque fuera del que lograban ejercer como representantes de la oposición, y del más inmediato y concreto del que gozaban en el seno del PSI, en la Confederación del Trabajo, en las administraciones municipales, en las cooperativas y en la misma Cámara) los había apoltronado y aquietado un poco. En poco tiempo Mussolini se hizo popular en toda Italia, justamente como hombre diferente de los viejos "santones": decidido, dotado de gran energía y de "ideas claras", prometedor.

Los argumentos de Mussolini fueron, en definitiva, simples: demostró en sus artículos, en la orientación y hasta en la factura misma del viejo periódico socialista que quería imprimir al movimiento socialista una combatividad que lo apartaba de las huellas del reformismo de derecha, ya derro-

LA MILIZIA NAZIONALE DI GUARDIA AL PARLAMENTO.

tado, y también del "centro" turatiano, sustancial y "sabiamente" inmovilista.

También en eso las ocasiones le fueron propicias. Después de haber anunciado desde el comienzo que el PSI debía rechazar las "concesiones democráticas", típicas de los partidos de una izquierda vaga pero no revolucionarios, a comienzos de 1913 una serie de matanzas de obreros provocadas por la policía y el ejército en Sicilia, el Parmense y, sobre todo, Roccagorga en Ciociaria (donde fueron muertos, el 6 de enero, 7 campesinos y heridos decenas de ellos), le brindaron la oportunidad para realizar una campaña poco menos que insurreccional, de la cual bastan los títulos del "¡Avanti!" para indicar el tono: *Al grito de "¡Saboya!" la tropa descarga 300 tiros de fusil contra mujeres inermes y niños inocentes*, decía el primer anuncio periodístico; le seguían comentarios así titulados: *Asesinato estatal, La política de las matanzas. La "fatalidad" de las matanzas y la dicha de los conservadores.*

En la huella de esta vehemente agitación, el "¡Avanti!" de Mussolini sostuvo en la primavera de 1913, contra reformistas y centristas, el derecho del proletariado a responder a nuevas matanzas con la huelga general. Mientras tanto, el periódico, rompiendo la tradición de la dirección reformista, apoyó muchas huelgas importantes, vinculándose con el movimiento sindicalista encabezado por Filippo Corridoni y dando impulso al movimiento socialista que se amplió y fortaleció. En abril de 1914, en el Congreso del PSI realizado en Ancona, Mussolini recibió la confirmación del gran apoyo personal que había conquistado en el partido, y la corriente revolucionaria, en cuyo líder se había convertido, se impuso netamente.

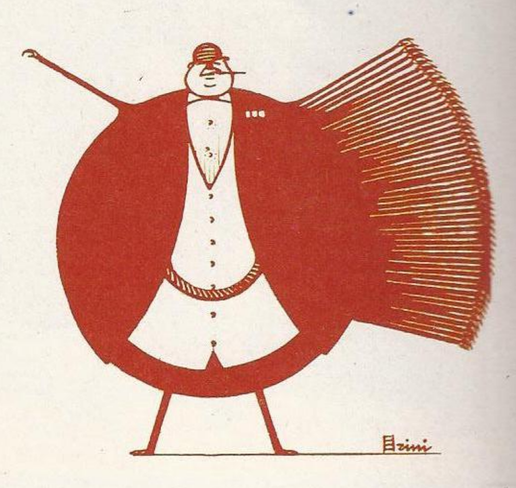
Justamente de Ancona partió al mes siguiente la chispa que dio origen a violentas agitaciones contra las represiones y las matanzas, movimiento que, conducido en Ancona por el republicano Pietro Nenni y el anarquista Enrico Malatesta, desembocó en la "semana roja". Fueron días muy intensos, en los que abundaron los encuentros con la tropa; fueron verdaderas insurrecciones locales, y la proclamación de la huelga general, que superó a la misma Confederación General del Trabajo, y todo el movimiento, se realizaron contra las intenciones del partido y fueron desaprobadas por el grupo parlamentario socialista. Mussolini aunque no tuvo una participación activa, se vio reforzado finalmente, por el apoyo que les dio desde el "¡Avanti!". En el verano de 1914 él era, si no el dirigente más notorio, al menos el hombre nuevo del socialismo italiano, al que dirigían sus miradas, no sólo grandes capas populares, sino también políticos e intelectuales expertos, algunos con admiración, otros preocupados y otros con fe [2].

El intervencionista

Por eso mismo, el cambio intervencionista de Mussolini produjo tanta impresión y tuvo tanto peso. No hay duda de que se trató, en cuanto a sus manifestaciones exteriores, de un cambio repentino y desconcertante, si se tiene en cuenta que, desde julio hasta setiembre de 1914, Mussolini fue el abanderado de la campaña neutralista del PSI. Luego, imprevistamente, con un verdadero golpe escénico, el 18 de octubre publicó en "¡Avanti!" un larguísimo artículo, no anunciado siquiera a la dirección del PSI, en el que exponía los motivos que hacían oportuno, en su opinión, el paso *De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operante*. Fue una bomba: en pocos días, fue duramente atacado por los otros dirigentes socialistas, expulsado del partido y señalado a la opinión pública como traidor y vendido. Y en pocos días también, pasó de la "neutralidad activa y operante" al intervencionismo abierto, y para defender esta causa fundó un nuevo periódico, "Il Popolo d'Italia" (cuyo primer número salió el 15 de noviembre), aceptando las subvenciones de las que ya se ha hablado. Pero la aclaración, en definitiva, sobre los fondos recibidos por Mussolini para mantener "Il Popolo d'Italia", cualquiera que sea la manera como se los juzgue en el plano político-moral, no resuelve el problema de su cambio de opinión tan radical. Para explicarlo es necesario tener presente dos factores, uno subjetivo y otro objetivo. Es necesario recordar la formación ideológica de Mussolini, impulsado al activismo, a la violencia, al extremismo y, por ende, en aquella coyuntura, a la concepción de una participación voluntaria y consciente del proletariado en la guerra, con vistas al logro de fines revolucionarios. Por otra parte, sin la pretensión de profundizar aquí la vieja disputa histórica, es necesario recordar también la actitud del PSI de "no adherir ni sabotear", que parecía (aunque no fuese políticamente errada y, por consiguiente, claudicante) lo más pasivo que se pudiera ofrecer a un temperamento como el de Mussolini (y no solamente al suyo). Si en vez de adoptar esa fórmula pasiva e impotente, el PSI hubiese tenido el valor de pronunciarse por el sabotaje de la guerra (aun a riesgo de desencadenar oposiciones violentas, huelgas, choques y hasta la guerra civil), Mussolini se habría sentido atraído por esa perspectiva. En cambio, entre la inercia y la acción, prefirió la acción, aun al costo de romper con el partido, de hallarse junto a los nacionalistas (hasta poco tiempo antes ásperamente vituperados) y de granjearse la acusación de traidor. Es decir, prefirió tomar lo que probablemente consideraba como un "atajo" hacia la revolución; tanto más cuanto que con esta confusa convicción se mezclaban ideas no menos confusas que lo llevaban a compartir algunos aspectos patrióticos del



1



1. El Rey con Mussolini, en la Feria de Milán de 1923.

2. Una imagen del prevaricador poder económico en la postguerra, de Scalarini.

3. Sobre la tumba apenas cubierta de Matteotti.

4. Mussolini con Starace, después del atentado.

5. Un "me gusta" autógrafo en un cartón de propaganda.

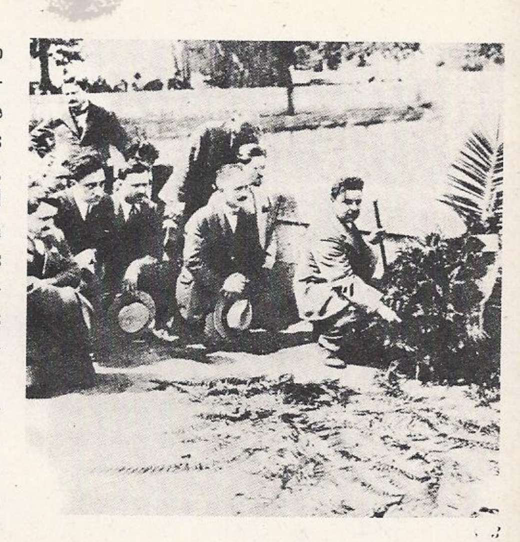
irredentismo trentino, a alimentar simpatías hacia Francia (cuna y símbolo de tantos principios y sucesos revolucionarios) y odio hacia los Imperios Centrales, en particular hacia la superchería teutónica.
El paso de Mussolini al campo intervencionista, a la par que arruinó irreparablemente, aun en el plano personal, sus relaciones con los viejos compañeros socialistas (hasta con Serrati, Lazzari y la Balabanoff, para no hablar de Turati y Treves, con quien tuvo un duelo, desusado, según las normas socialistas, y concluido sin conciliación, como habría exigido al menos el código burgués), provocó por otra parte un violento sacudón entre los socialistas más jóvenes, los sindicalistas partidarios de Corridoni, los "revolucionarios" de tipo anarquista o inclasificables y los intelectuales progresistas o radicales pero no insensibles al "llamado de la patria". En resumen, el cisma mussoliniano suministró a los intervencionistas de alto nivel (el rey, el gobierno de Salandra, los "fabricantes de cañones", los nacionalistas y los dannunzianos) el desconcertante apoyo de una parte, modesta pero turbulenta, de proletarios y jóvenes de izquierda.

Finalmente se declaró la guerra, como estaba en los proyectos de los grandes intervencionistas (quienes la habrían declarado aun sin Mussolini). Mussolini participó en ella como cabo de los *bersaglieri* por poco tiempo, hasta ser herido por el estallido de una granada. Así pudo volver a dirigir personalmente "Il Popolo d'Italia", imprimiéndole esa orientación ambigua, entre seudorrevolucionaria y seudopatriótica, que caracterizó al futuro desarrollo del movimiento fascista. Pero sucedió mientras tanto que, después de un año de experiencia guerrera, el fervor insurreccional de los intervencionistas de izquierda se fue aplacando o entró en crisis, a la par que crecieron la simpatía y la confianza de los grupos nacionalistas y las clases conservadoras. Estos, sin dar mucha importancia a las permanentes "salidas" subversivas del periódico (ya habían aprendido a saber lo que valían), se estrecharon en torno a él, aumentaron las subvenciones y se dieron cuenta de que podrían contar con ese instrumento también en el futuro, en la postguerra. Esto echó las bases de las alianzas más o menos manifiestas que se realizaron entre 1918 y 1922, y que llevaron a los nacionalistas como partido, a su aglutinamiento, y a la clase capitalista y los ambientes estatales "amantes del orden" a dar al fascismo ayudas y complicidades de toda especie.

Después de la guerra se abrían ante Mussolini dos caminos, aunque fuera sólo en teoría: o exigir la retribución por los 600 mil proletarios caídos uniéndose al movimiento reivindicativo que dirigían, al menos formalmente, los partidos de izquierda y la misma Confederación del Trabajo; o adoptar el partido de los combatientes o veteranos que volvían llenos de nacionalismo y de "intrepidez", y constituían la base de apoyo de la que se valían los tiburones (esto es, los enriquecidos por la guerra, denunciados durante años por el mismo "Il Popolo d'Italia"), los industriales (también ellos enriquecidos por los encargos bélicos y temerosos de perder, además de los encargos estatales, también los beneficios acumulados) y los terratenientes (que habían sacado incalculables ventajas, primero del encarecimiento de los productos alimenticios y de las mercaderías, y luego de la desvalorización monetaria, y que entonces corrían el riesgo de tener que pagar las promesas, hechas por los gobiernos del tiempo de la guerra a los campesinos-soldados, de repartir las tierras a su retorno), en nombre de la patria amenazada por la subversión, utilizándolos como "hombres de orden": guardias blancos contra los elementos rojos, antinacionales.
Centenares de brigadas (*squadre*), formadas por oficiales desmovilizados, miembros de batallones selectos, voluntarios muy jóvenes, estudiantes, nenes de papá, pendencieros, holgazanes, violentos, bandas de diversa procedencia, se habían ido formando y recibían "patrióticas" subvenciones de los financiadores mencionados (y la complaciente tolerancia de los órganos de gobierno: prefectos, comandancias, policía, magistratura); se los empleaba, ya en la posguerra inmediata, para tener a raya a los manifestantes, romper huelgas, atacar a asociaciones, cámaras del trabajo, periódicos y locales de los partidos de izquierda, y aun golpear físicamente a los "agitadores", un poco por toda Italia, pero sobre todo en las regiones septentrionales y en las de mayor concentración de mano de obra.

El fundador de los "Fasci"

En resumen, el *squadrismo* (la formación de grupos de acción) ya había comenzado a fines de 1918, antes de que Musolini lo "inventase" y formase los *fasci*. Él no hizo más que tratar de encauzarlo, organizarlo, darle una justificación unitaria e "ideal", y ponerse a su frente. El año 1919, el año de fundación del primer fascismo, está jalonado de acciones de brigadas aisladas y dispersas; se forman "grupos" de colores y contenidos más dispares. Las crónicas de aquel tiempo registran una multitud de reuniones, manifestaciones, incidentes, apaleamientos, de los que se apoderó la historiografía fascista póstuma, pero que no tuvieron carácter orgánico.
¿Por qué Mussolini en lugar de apoyar las grandes huelgas obreras y campesinas de 1919-1920 (que realizaban lo que había sido su primera prédica de cinco o seis años antes), prefirió ponerse a la cabeza de aquel abigarrado ejército de desplazados, aventureros, matones de profesión, mercenarios a sueldo de conocidos industriales



3



4







5

y terratenientes? Ciertamente, no podía equivocarse sobre el carácter de clase de aquella "tropa", aunque en ella se encontraran también valerosos combatientes, infatuados y sinceramente "enamorados de la Patria", intelectuales, sindicalistas y socialistas descontentos, que pronto se alejaron casi todos.
Factor decisivo que influyó sobre la elección mussoliniana de la postguerra, fueron los compromisos, financieros y de todo género, que lo ligaron, ya indisolublemente, con los círculos capitalistas, aunque sólo fuera a través de algunos exponentes.
Otro elemento, marginal pero psicológicamente importante para un hombre como Mussolini, debió ser también la campaña violenta que continuaron llevando contra él, con más ahínco que nunca, y por lo demás bien retribuida por él, sus antiguos compañeros socialistas; de ahí el odio, el rencor y quizás también la oculta envidia que animaron al tránsfuga, que por naturaleza era más propenso a la insolencia que al arrepentimiento. La prensa de la época documenta las furibundas polémicas que se desarrollaron en este sentido por aquellos años.
Tampoco debe excluirse por último el hecho de que, condicionado e impulsado por las circunstancias mencionadas, Mussolini haya querido ilusionarse e ilusionar a sus adeptos más ingenuos —y a muchos los ilusionó, por cierto— de que el objetivo final de la revolución social era más fácilmente alcanzable, en lugar de las grandes agitaciones de masas (sólo exteriormente imponentes, pero en realidad poco poderosas y sobre todo "acéfalas"), con la violencia de los *squadristi*, subvencionados y protegidos, es verdad, por la clase reaccionaria y el Estado constitucional (como habría dicho el inspector Gasti), pero que él se jactaba de poder utilizar como elementos apropiados para maniobras insurreccionales y luego desviar y dirigir contra las fuerzas conservadoras que se los ofrecían, ya listos, pagados y hasta dotados de uniformes "fantasiosos" —como habría dicho D'Annunzio—, semiguerreros y semibandidos.

La guerra civil

Aun cuando tal veleidad o reserva mental haya guiado la acción de Mussolini desde 1919 hasta el 1922, ello no lo absuelve en modo alguno. Sin embargo, debe observarse que el crecimiento y la afirmación del fascismo, hasta la victoria final de la Marcha sobre Roma, fueron bastante facilitados por las fuerzas del Estado. Y deberá recordarse que Mussolini —tan sensible de palabra a la unión de todos los italianos— no tuvo escrúpulos en desencadenar una verdadera guerra civil que afectó sobre todo a campesinos y obreros, cuya causa y cuyos derechos él había defendido hasta pocos años antes, con tanto ímpetu. Esto quizás deba atribuirse, no solamente a los sentimientos de rivalidad hacia aquellos que ahora le recordaban los "compromisos" indicados, sino también al hecho de que su ambición innata lo orientaba hacia aquellas fuerzas que estaban en condiciones de garantizarle el poder inmediatamente o a breve plazo.
Se habla en general del apoyo que recibió el fascismo, cada vez más firme durante esos años, por parte de industriales y terratenientes. Pero lo que resultó decisivo fue el apoyo del aparato estatal y de los gobiernos que se sucedieron en ese período, en el seno de los cuales había por cierto demócratas aislados, pero que no se defendieron, ni quisieron hacerlo, del ataque destructivo de las brigadas (*squadre*). Lo mismo hizo el rey cuando revocó el estado de sitio y recibió en el Quirinal a Mussolini, quien representaba "la Italia de Vittorio Veneto" [3]
Pero menos que nunca se trató de una revolución ni de un golpe de Estado. Los fascistas subieron al poder con el pleno consentimiento de su Majestad, supremo guardián de la Constitución, de la mayor parte de los políticos de inspiración liberal, católica y democrática, muchos de los cuales (como Salandra, Orlando, De Nicola, Facta y hasta Giolitti y Nitti) iban a entrar en la nueva combinación ministerial sobre la base de negociaciones precisas que Mussolini hizo fracasar a último momento; y algunos menos conocidos —liberales, católicos y socialdemócratas— entraron en ella. La revolución no se había producido (y la "marcha" se realizó después de puras exigencias de coreografía, aunque en algunos barrios periféricos y populares de Roma se produjeran disparos, con muertos y heridos de ambos partidos). Y cuando Mussolini instaló su gobierno de coalición el 19 de noviembre de 1922 (5 días después pidió plenos poderes), el Parlamento le otorgó su confianza: por 306 votos a favor, 116 en contra y 7 abstenciones, la Cámara de Diputados; y por 173 votos a favor y 23 en contra el Senado.[4]

Del ascenso al gobierno a la instauración del régimen

El nuevo presidente del Consejo se valió de tal excepcional consenso (nunca registrado para ninguno de los gabinetes anteriores) para dar los primeros toques a su propia política de restauración del orden (como se decía), de las finanzas y del prestigio internacional del país. Y mientras él trabajaba en Roma con la colaboración de todos los otros partidos (con excepción del socialista, el comunista, el republicano y unos pocos parlamentarios aislados) en el nivel gubernamental, sus brigadas proseguían la obra de destrucción en las provincias, atacando y destruyendo las sedes de las organizaciones obreras, suministrando lecciones a los opositores e intimidando a las poblaciones de casi todos los grandes centros y la campaña. Nadie se los impedía. Por el contrario, a menudo agentes vestidos de civil ayudaban a los *squadristi* o, directamente los carabineros les preparaban el terreno previamente, prohibiendo a los "subversivos" reunirse y prepararse para rechazar las agresiones y arrestando a los más impetuosos. Casi siempre las "fuerzas del orden" vigilaban, dispuestas a intervenir para proteger a los agresores; y la Justicia, cuando los "hechos" llegaban a los tribunales por su gravedad, absolvía a asesinos, atacantes, devastadores e incendiarios, y condenaba a las víctimas porque habían opuesto resistencia. Tanto fue así que estas últimas se acostumbraban a no recurrir más, no sólo a la justicia, sino ni siquiera a los hospitales, para no ser individualizados y luego acusados. Pero esto sucedía en las provincias, en centenares de episodios de violencia y sangre. En Roma no se sabía nada. No sólo Mussolini fingía ignorar tales hechos (debidos a los "excesos" de la lucha política), sino que los ignoraban también sus aliados de gobierno, quienes en junio de 1923 aprobaron la reforma electoral fascista, la primer ley fraudulenta del siglo, que daba los dos tercios de los escaños a la lista que hubiese obtenido el 25 % de los votos. Entre los que la aprobaron en la Comisión, figuraron Giolitti, Orlando y Salandra, así como 235 diputados, contra 140 y 77 abstenciones, en la Asamblea. Aparte de los 35 fascistas, los otros 200 eran liberales, demócratas de diversas tendencias y católicos (30 de los cuales se pronunciaron a favor y unos 70 se limitaron a abstenerse). Aprobada la ley, se confeccionó la lista fascista, formada por un tercio de no fascistas (entre estos "huéspedes" ilustres figuraban Orlando, De Nicola, Paratore, Salandra, Porzio, Gasparotto y un largo séquito de católicos liberales y demócratas varios de menor renombre).
El 6 de abril de 1924 la lista compuesta obtuvo, gracias al apoyo "externo" de los *squadristi* el 60 % de los votos. Muchos obispos y párrocos se trasladaron a las urnas para dar "el buen ejemplo", ostentando sus preferencias. En la primavera de 1924, el fascismo se convirtió de hecho en un régimen. Con la mayoría absoluta en la Cámara y el favor nunca negado de la mayoría del Senado (hasta Croce votó a favor del voto de confianza todavía 15 días después del asesinato de Matteotti), Mussolini podía hacer lo que le parecía.

El asesinato de Matteotti

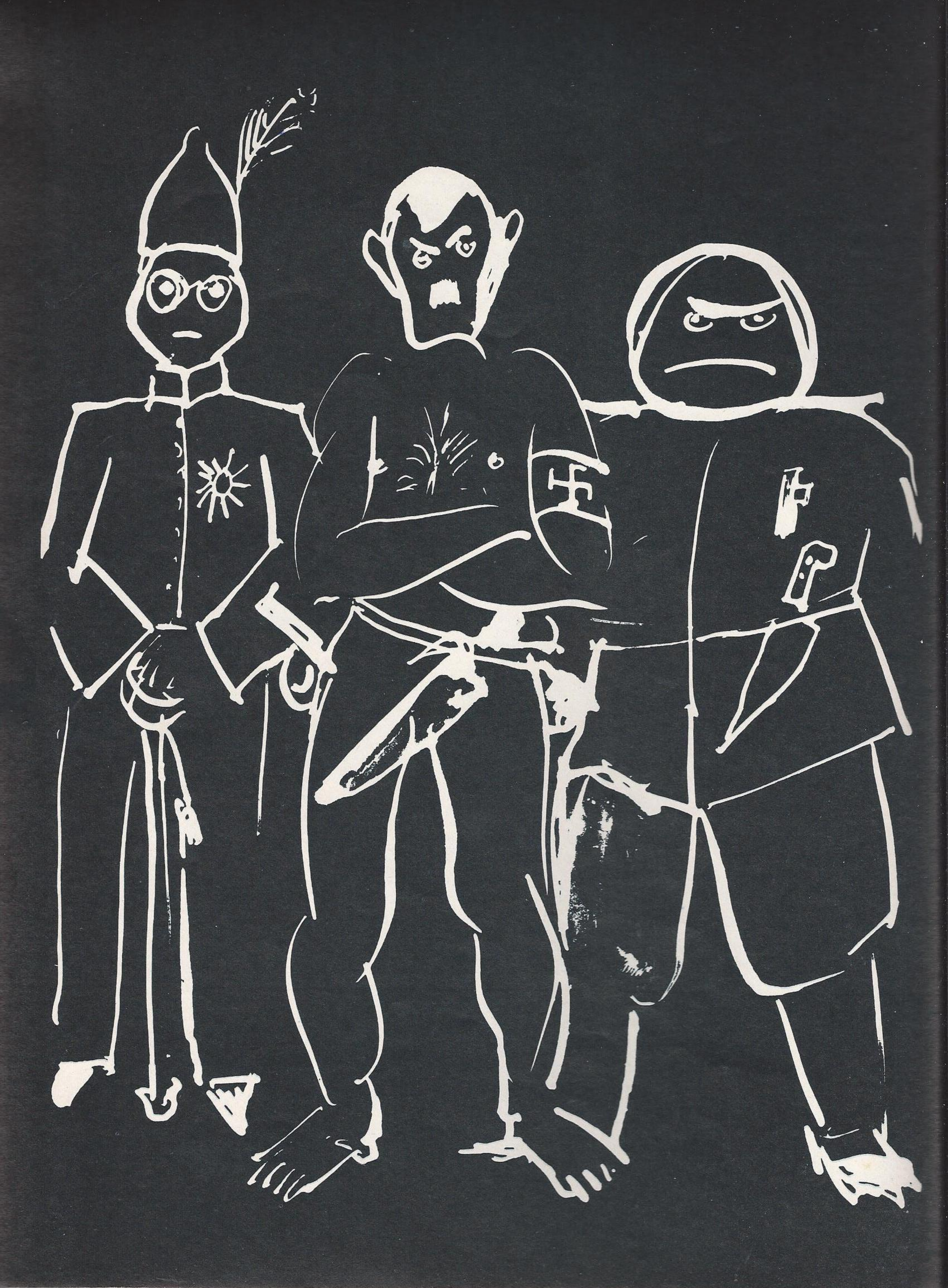
El asesinato de Matteotti, perpetrado el 10 de junio de 1924, no es verosímil que haya sido deseado por Mussolini, sobre todo por la crisis —más moral que política— con que lo enfrentó el crimen. Es probable que su deseo hubiese sido que sus secuaces sólo diesen una lección al resuelto opositor que había denunciado en el Parlamento las irre-

1



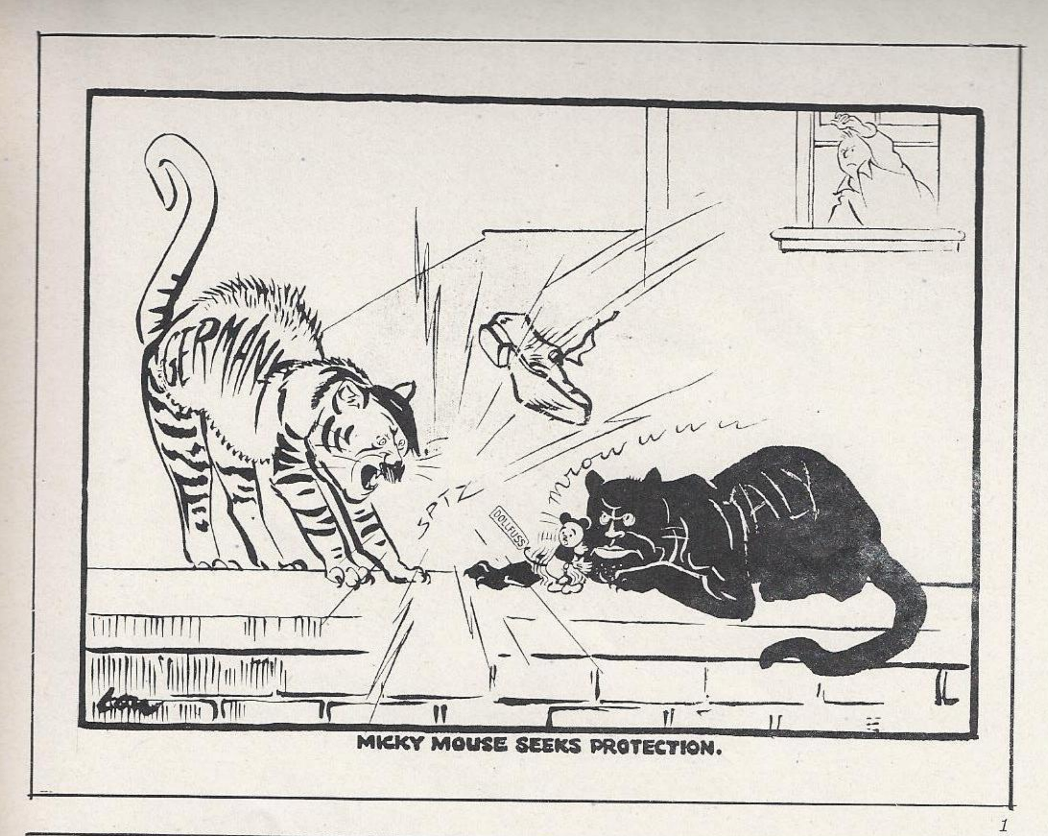
1. Una compleja y simbólica representación de Peter Blume: el culto de la "romanidad" remozado torpemente por Mussolini, según su costumbre, para dar brillo al régimen e impresionar a su colega y rival Hitler con las imágenes de la antigua grandeza.

2. Mussolini y el alto clero del Vaticano el día de la firma de los Pactos de Letrán.

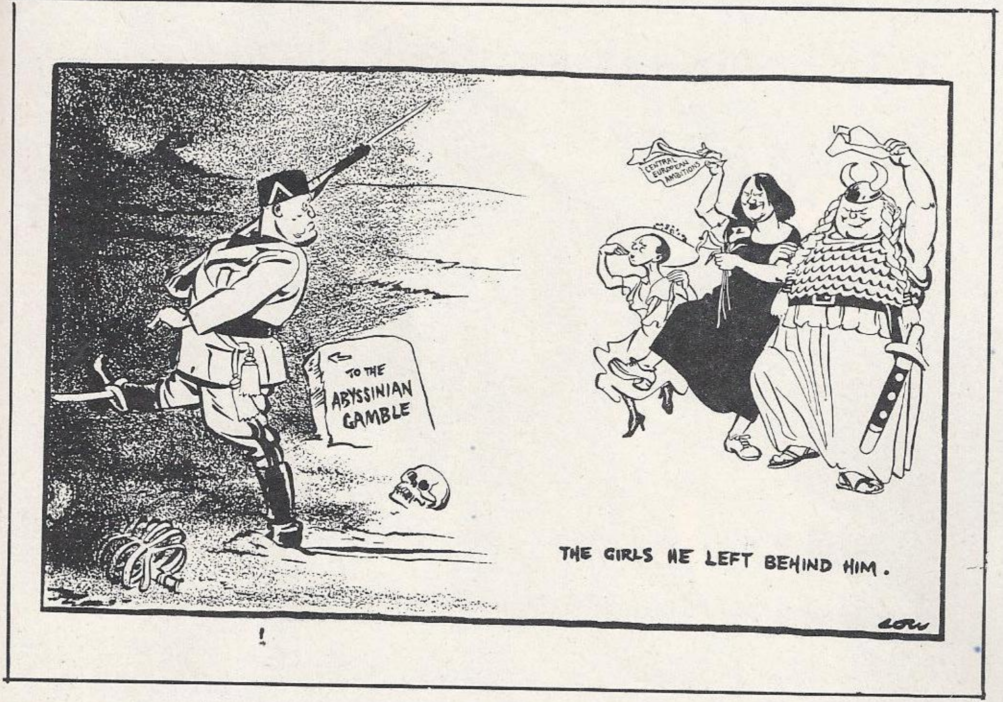


El fascista y el pacto tripartito en la pluma del pintor Manzù.





1



2

1, 2, 3. El humorista inglés Low ilustra tres momentos críticos de la política fascista.



3

gularidades y abusos que se habían producido durante las elecciones.

El homicidio fue, políticamente, más allá de las intenciones y produjo una crisis (aun en el ámbito del fascismo) que hizo vacilar durante 6 meses la suerte del gobierno. Mussolini se atemorizó y estuvo a punto de presentar su dimisión; muchos de los exponentes menos fanáticos del partido se lo aconsejaron.

Quienes le dieron valor y lo salvaron no fueron, como suele decirse, los extremistas al estilo Farinacci, los jefes de la milicia reconstituida (creada el 1º de febrero de 1923 para absorber y regimentar las brigadas) que se llegaron hasta él, al palacio Chigi, según parece en actitud amenazante. Lo salvó la impotencia de la oposición, que, con excepción de los 19 diputados comunistas y unos pocos más, no halló nada mejor que "retirarse" al Aventino, abandonando el Parlamento, y, sobre todo, el rey, quien después de haber hecho oídos de mercader a las lamentaciones de Amendola y Sforza (a quienes respondió hipócritamente que la monarquía sólo tenía dos oídos constitucionales, el Senado y la Cámara, y que si éstos no le señalaban nada, ni siquiera estaba en condiciones de oír el coro de protestas que se elevaba en el país), no dio ningún peso a esta ola de indignación.

Así, el 3 de enero de 1925, repuesto del susto y de una úlcera que al parecer lo perturbó no poco en esos meses, Mussolini pronunció el discurso (noviembre de 1922) en el que reivindicaba para sí toda la responsabilidad de lo sucedido y afirmaba que continuaría gobernando aun sin el consentimiento del Parlamento. En realidad, no fue un discurso audaz (a lo sumo fue sólo "fuerte", en su forma): sabía que, sepultados ya desde hacía un tiempo los cadáveres de Matteotti y de tantos otros, contaba con la aprobación de la monarquía, de la Iglesia, de los "hombres de orden" y de los círculos capitalistas.

Y lo que vino después fue realmente una seda para él. Las leyes excepcionales, la disolución de los pequeños, débiles o inciertos partidos de oposición, la censura a la prensa, el tribunal especial contra los irreductibles (además de varios miles de condenados y de confinados) produjeron el éxodo de decenas de miles de opositores más oscuros quienes, con el pretexto de buscar trabajo en el exterior, abandonaron el país para trasladarse a Francia, América, Inglaterra, Bélgica y Suiza, donde constituyeron florecientes colonias de antifascistas, dado que en Italia —donde se supo poco o nada acerca del verdadero carácter de esta emigración—, la vida, aunque sólo moralmente, se había hecho para ellos intolerable, así como las últimas violencias y opresiones fueron poca cosa —si se las juzga con distancia histórica— para una fuerza que pretendía imponer sus propias concepciones "revolucionarias". La Revolución Francesa y la

Rusa habían pasado por fases de lucha bastante más cruentas, convulsiones más profundas y excesos y destrucciones de más vasto alcance. También por esto, por esta relativa "suavidad" y porque todo el cambio del "orden constituido" estaba bien controlado y regulado desde lo alto y conservaba la plena aprobación de las personas "juiciosas" de todo rango —desde el rey hasta el alto clero, desde los militares hasta los intelectuales—, la conservación del poder fue fácil en lo sucesivo; ya ni siquiera constituyó un problema.

Diez años de éxitos

El decenio que siguió fue, en efecto, un decenio de éxitos y, en parte, de realizaciones, si no revolucionarias, al menos de un carácter común pero no insignificante. La vuelta a la normalidad, la recuperación productiva de la industria privada (en adelante exenta del temor a insurrecciones o reformas, con beneficios garantidos hasta fiscalmente, y favorecida y a menudo subvencionada por el Estado), un cierto incremento en la agricultura (ya sea con el apoyo a los grandes propietarios terratenientes, ya sea con las reducciones y las "batallas" por uno u otro cultivo, forzosos y costosos, pero realizables en un clima de proteccionismo sin preocupaciones de costo), la deflación y la incorporación de la lira a las monedas internacionales apreciadas, algunas disposiciones sociales (antiguas en otros países, pero apreciables en Italia) y todo un fervor de obras, iniciativas y realizaciones (los "saneamientos" urbanísticos, la valoración de la romanidad, el embellecimiento de los grandes centros, la ampliación de la red de caminos, la tutela de los emigrantes, el cuidado de la juventud, el desarrollo de los deportes, de las actividades no laborales, de la cinematografía, de la aviación, etc., todo lo cual era por entonces una gran novedad) dieron la sensación de que las cosas iban mejor, sensación que era verdadera en cierta medida.

El prestigio de Mussolini creció mucho, aun internacionalmente. La oposición, ya derrotada en toda la línea, se limitaba a los desterrados, los encarcelados y confinados, a unos pocos grupos obreros de vanguardia, a algunos intelectuales aislados y a algunos estratos de la opinión pública formados en su mayoría por viejos profesores, socialistas y masones, casi todos, sin embargo, inactivos. Las grandes masas, que nunca habían gozado de condiciones de trabajo y de previsión social siquiera sólo dignas (y Mussolini lo sabía bien) no vieron empeorar las cosas; y salvo unos pocos casos de motines, sobre todo campesinos (tradicionales en el Sur, por lo demás), permanecieron en calma, aunque de todos modos estaban bien vigiladas. Los jóvenes tenían el espejismo de la revolución, ignoraban demasiado el pasado inmediato y el exterior, y se consideraban casi todos fascistas, aunque fuera con veleidades de ingerencia estimulante.

Pero lo que daba estabilidad al régimen era el apoyo incondicional e interesado de algunas poderosas fuerzas económicas, sociales y espirituales. El rey lo había querido para liberarse de todos los "miembros de gabinete" que, durante años, le hicieron nombrar gobiernos precarios, flojos e incapaces, y porque lo consideraba un régimen que garantizaba el orden interno y la tranquila existencia de la monarquía. Y ello tanto más cuanto que el ex republicano Mussolini había asumido ante ella una actitud de formal sumisión y, salvo unos pocos rozamientos por cuestiones marginales, sobre todo en los últimos tiempos [5], la "diarquía" rey-*duce* continuó funcionando bien hasta el final, cuando el rey mismo la disolvió porque ya había caducado (y habían llegado tiempos difíciles). Ni qué decir que los círculos agrarios, industriales y financieros estaban satisfechos. Quizá fueron los únicos que, después de las ventajas iniciales (entre ellas, la inmediata eliminación del carácter personal de los títulos accionarios), siguieron obteniéndolas, y en medida creciente gracias a la propia "figuración" en todo organismo del régimen (ministerios, cámaras, entidades locales, etc.), sacando provecho hasta de algunas innovaciones "revolucionarias" o iniciativas políticas adoptadas por el régimen (el corporativismo, el proteccionismo en el campo de la producción agrícola, el apoyo a ciertas industrias en declinación, la urbanística "imperial", la autarquía, etc.), y, finalmente, lucrando con los suministros militares.

La burguesía media, quietista, indolente, aferrada a sus propios mezquinos privilegios (más de forma que de esencia), culturalmente atrasada, retrógrada y timorata, vio satisfechas por el fascismo todas sus antiguas y frustradas ambiciones: en una palabra, obtuvo el reconocimiento de su propia "dignidad" de clase.

Así hallaron satisfacción en cuanto a prestigio, pero también de tipo práctico, las ramas que constituyen el esqueleto de todo Estado, en particular del tradicional: el ejército, la policía, la justicia, la alta burocracia, a las que el régimen protegió de toda crítica o censura, declarando "antinacional" toda discusión sobre su funcionamiento. Además, las necesidades crecientes de un Estado paternalista y omnipresente inflaron los cuadros administrativos y de control en todos los niveles, del centro y de la periferia, de los organismos estatales y de otros innumerables organismos que inventó el fascismo: se estableció en el país un ejército de empleados, con galones o sin ellos (y al final, todos con su uniforme de gala, desde los académicos con peluca y espadín, hasta los ministeriales en *orbace* *).

* Tipo de uniforme hecho con una tela de Cerdeña.

También la mayor parte de los representantes de la cultura, los intelectuales, los escritores, los artistas, etc., acallados los pocos opositores tenaces, se pronunciaron con entusiasmo —aparente, como sabemos hoy— por el fascismo; y le dieron brillo, realizaron obras de propaganda, actividades educativas para la juventud, panegíricos apasionados del *duce*, de sus obras, de sus guerras, de su racismo, etc., en lo que pusieron todo el talento del que eran capaces [6].

Pero el "gran golpe" de Mussolini se produjo en 1929, con la Conciliación (con respecto a la cual, esta vez, cuando fueron presentados los Pactos de Letrán para la aprobación de las Cámaras, Croce habló y votó en contra, en el Senado).

Parece que la idea original no fue suya, sino que, después de 1924, fueron las jerarquías eclesiásticas más eminentes las que prepararon el terreno. El hecho fue que, con la Conciliación, mientras la Iglesia Católica obtenía de Italia privilegios que nunca tuvo en ningún otro país (y que todavía subsisten), el fascismo logró el máximo de lo que podía aspirar en un país como Italia: desde la dispensa por sus pecados originales hasta la consagración de su política reaccionaria y Benito Mussolini obtuvo desde los votos —por lo que pudieran interesarle— de millones de católicos hasta las bendiciones y las homilías propiciatorias de todos los obispos; desde la solidaridad activa del Vaticano para todas sus guerras (siempre de carácter "misional", obsérvese, se tratase de la Etiopía copta, de la España donde estaba arraigado el catolicismo, de la Albania musulmana, de la Croacia ortodoxa o de la Unión Soviética atea) hasta la tolerancia de Pío XII por su antisemitismo de segunda mano, pero no por ello menos reprobable. Y lo más sorprendente, a propósito de la religión, es que Mussolini, a diferencia de Napoleón, ni siquiera tuvo que pagar con una misa todas estas ventajas: hasta el último bienio, cuando la sacudida del 25 de julio, la declinación intelectual y física y el presentimiento de la muerte lo reconciliaron con la fe, siguió siendo un incrédulo, pagano, pecador y blasfemo, como sabe quien lo frecuentó por aquel entonces y como testimonia Ciano en su *Diario*.

El Estado fascista

Durante el decenio del fascismo imperante e imperial, la verdadera situación de Italia era la siguiente.

En la cúspide, había un rey que no contaba para nada y que era feliz de no contar para nada mientras esto sólo implicara aceptar el título de emperador o de rey (de Albania) y mientras los acontecimientos no lo obligasen a redescubrir sus propias perrogativas legales, como sucedió en efecto a mediados de julio de 1943, cuando fue invadida una región de su reino, la Sicilia, y se le dijo que los alemanes no tenían intención de enviar más ayuda para reconquistarla. A su



Ruggero Zangrandi en la época en que iba a estudiar a casa de Mussolini.

En el otoño de 1929 fui compañero de banco del hijo mayor del *duce,* Vittorio. Y como pronto sacamos un pequeño periódico estudiantil, tuve que frecuentar, con otros compañeros, Villa Torlonia, que se había convertido en aquellos meses (con la llegada a Roma, desde Milán, de Raquel y sus hijos) en la residencia de Mussolini. En aquella edad "no teníamos sospechas": crecidos en el fascismo y convencidos de ser fascistas, justamente por ello nos ubicábamos ya en antagonismo con los "falsos" fascistas, los conformistas y los jerarcas que habían logrado —según nosotros— aprovecharse de la buena fe del *duce* y traicionar sus propósitos originales, de carácter socialista, cargando la revolución con una hipoteca conservadora. Contra tales obstáculos estaban dirigidos nuestros esfuerzos de periodistas y activistas en ciernes. Lo recuerda Vittorio Mussolini en una entrevista a un semanario florentino publicada en noviembre de 1964 y en la cual (legítimamente) rechaza las deducciones más extremas referidas por mí en un libro y que conciernen a una fase de maduración que se inició luego, entre 1935 y 1939, cuando mis relaciones con el antiguo compañero de escuela habían disminuido, quedando reducidas al terreno de los afectos. "No se trató de un fascismo mimetizado —dice— sino solamente de una corriente disidente del fascismo oficial, de un movimiento autónomo y crítico, pero siempre en el interior, y más aún, en lo vivo del verdadero fascismo.

"Por lo demás, no se trató de una iniciativa contraria al fascismo, se lo puede deducir de algunos episodios inéditos, que arrojan luz sobre toda la cuestión. Zangrandi venía a menudo a nuestra casa, donde, con los otros amigos, redactábamos el periódico y discutíamos libremente nuestras ideas. A veces venía mi padre, quien nos escuchaba con gusto, aunque sin intervenir nunca en nuestros debates. Pero había más aún. A menudo quería leer nuestros apuntes y nuestros artículos, dejándonos entender que seguía con benevolencia nuestra actividad. Un buen día apareció repentinamente y, después de haber curioseado en nuestros papeles, tomó un artículo de Ruggero Zangrandi y se lo llevó sin decir una palabra. Ruggero se impresionó, temiendo haber ido demasiado lejos, pero su temor desapareció pronto, cuando vio su artículo publicado sin firma en 'Il Popolo d'Italia", e intacto desde la primera hasta la última palabra. Hasta sucedió que muchos, al leer esas líneas tan desprejuiciadas y bien escritas, lo atribuyeron directamente a mi padre." El episodio citado por Vittorio sirve ya para explicar qué extraño tipo de personaje era su padre. Y hay otro similar, pero más desconcertante por sus consecuencias, que también Vittorio relata en una evocación aparecida en una revista milanesa en agosto de 1963 y en la cual todo es exacto salvo la fecha (postergada un año por error de memoria).

"En 1934 —escribe, aunque era el 1933— yo dirigía una revista juvenil que titulaba 'Anno XII'. Publiqué un artículo de mi compañero de banco en el liceo, Ruggero Zangrandi, en el que se lamentaba de la lentitud con que se aplicaban ciertas disposiciones y leyes de carácter corporativo y sindical. Mi padre me llamó a su estudio y mostrándome la revista abierta en la página donde estaba el artículo me dijo, sonriendo: "¿Qué pretende este Zangrandi? ¿Tacharnos de capitalistas? ¿No sabe que, después de la Unión Soviética, Italia es el país donde el Estado es el patrón absoluto y controla más del 60% de la actividad económica productiva y donde la bolsa y los bancos no pueden defender los intereses de ciertos sectores especulativos? ¿Quizás quiere que se aplique la ley de Stalin: 'la propiedad socialista es sagrada'? En Rusia, quien atenta contra los koljoses recibe una bala en la espalda: millares de campesinos han sido fusilados por haber sustraído una bolsa de cereal o un artefacto agrícola por el que había sido su poder hasta el día anterior. En Italia somos todos leones de palabra. Luego, en los hechos, nos convertimos en herbívoros."

"Le diré que se documente mejor."

"Me gusta cómo escribe este muchacho. Dile que las páginas de 'Il Popolo d'Italia' están abiertas para él."

Fue así como, desde el otoño de 1933, pude publicar en "Il Popolo d'Italia" una serie de artículos en "negrita" que los lectores y la prensa (obligada a reproducirlos simultáneamente, con la fórmula: "El 'Popolo d'Italia' de esta semana publica...") creían escritos por Mussolini y que llevaban duros ataques contra la involución de la revolución y los intentos de los capitalistas por imponer las declaraciones programáticas del corporativismo "edición 1932" (el que, por inspiración de Ugo Spirito, teorizaba sobre la 'corporación propietaria': poco menos que un soviet de productores) y hasta el racismo hitleriano que había sido condenado en 1933-34".

Hechos similares revelan cuáles eran el clima y, sobre todo, el engaño de aquellos años y cómo muchos jóvenes pudieron ser arrastrados por éste. No por mucho tiempo, en el caso de mis compañeros y mío, pues la misma familiaridad con el *duce* hizo pronto de nosotros, en un comienzo "mussolinianos" convencidos (en tácita y también ilusoria polémica con el fascismo oficial), críticos hasta demasiado severos, como sucede por lo demás a esa edad.

La opinión que nos fuimos formando no estaba muy alejada (con las diferencias derivadas de la diversa capacidad de penetración y de encuadre histórico) de la expresada en el lejano 1919 por el inspector Gasti: Mussolini no era el personaje místico que la propaganda presentaba y que creían millones de italianos; era un hombre bueno en el fondo, demagogo pero un poco tímido (de ahí su permanente máscara de agresividad), en modo alguno agudo o sensible al humorismo (incapaz de divertirse con una salida ingeniosa y hasta de comprenderla), y menos aún al ridículo; pero cáustico y animado de un radical escepticismo hacia el prójimo.

Mostraba interés y hasta simpatía por los hombres, pero como colectividad, como masa ("mis romañenses", "nuestros emigrantes", "nuestros magníficos técnicos", que por aquel entonces estaban en Alemania o China para resolver problemas hidráulicos o adiestrar pilotos), pero despreciaba a los individuos y, salvo raras excepciones, justamente a los que estaban más cerca de él y le eran directamente subordinados, a sus colaboradores, a los que hoy llamaríamos "los cuadros".

En sus sarcasmos, sin embargo, no había maldad, sino más bien una especie de indulgencia burlona por las "debilidades humanas": la rapiña de muchos, los errores de otros y los problemas íntimos de algunos. Y cuando hablaba de antiguos adversarios, si eran de los tiempos más remotos, dejaba transparentar una especie de rencorosa nostalgia (como hombres que habían cometido el error de no comprenderlo o secundarlo); si eran del período fascista inicial —hombres conocidos, que pertenecían a la historia—, se mofaba de ellos por su debilidad, su simpleza o su blandura. (Un día nos dijo, divertido, que Vittorio Emanuele Orlando le había regalado una pintura de valor y que él la había puesto en el sótano, junto a las águilas llenas de paja que le habían regalado muchas varias delegaciones y los bustos de bronce o de mármol de sus admiradoras inglesas. Los muchachos a menudo jugábamos en el sótano en medio de tales trofeos.)

Debo decir también que, a partir de estas sensaciones y experiencias entonces —que para nosotros eran desilusionantes entonces—, nunca se perfiló en la mente de mis compañeros ni en la mía la imagen del "torvo tirano" difundida luego por otra propaganda. Drástico en sus juicios (en los que se transparentaba, entre otras cosas, la búsqueda del efecto sobre el oyente), sorprendente en su capacidad y casi en su gusto (otra búsqueda de efecto, creo) para darlos vuelta, repentino e intemperante en sus pasiones (pero de breve duración), enfático, recitador nato, manifiestamente prepotente, supersticioso y en algunas manifestaciones marginales casi infantil, no parecía a pesar de todo que Mussolini tuviese un ánimo perverso.

Pero, aparte de extravagancias, astucias, defectos o culpas (que por entonces no conocíamos todavía), ¿cómo se lo habría podido calificar en aquellos años, en el plano político, más allá de la convencional y polivalente calificación de fascista? Creo que en esto tiene razón, nuevamente, el experto funcionario Gasti: Mussolini continuaba considerándose un "verdadero socialista". Y creo que la mal retribuida consideración de que gocé dependió de la circunstancia de haberse formado la opinión de que yo era "un joven verdaderamente socialista". Me lo confió su mujer, Raquel, complacida; porque a ella sí, sin duda alguna, le satisfacía que el grupo de muchachos que se reunía en su casa cultivase ideales socializantes, confusos y maximalistas, que debían recordarle sus buenos tiempos.

Singular, pero también sintomática, es la actitud de esta mujer que en los años 1930-33 —los de la Conciliación— conservaba fuertes y elementales sentimientos anticlericales y, en el bienio siguiente, cuando ya la frecuenté, alimentaba (junto al desprecio por todo lo que era la apariencia, el carácter oficial y el fasto del régimen, de los que siempre supo defenderse) una especie de sospechosa aprensión hacia el marido, pues no lograba discernir si éste seguía siendo el ardiente socialista revolucionario que había amado (quizás ahora no comprendido y un poco extraviado por esa malsana pasión suya por los *tight* y los uniformes) o se había aburguesado y perdido definitivamente entre las polleras de los curas y las mujeres, el Rey y los "señores" que le llenaban la casa de regalos.

Prescindiendo de las legítimas dudas de Raquel, estoy convencido de que, al menos entre 1930 y 1935, Mussolini perseguía un ambicioso y extravagante plan de realizar una forma de revolución socialista; totalitaria, naturalmente, que debía imponerse desde lo alto y casi en secreto, pues no se le ocultaban las resistencias que se le oponían, la mediocridad de los hombres de que se rodeaba (pero era él quien impedía surgir a los menos opacos) y la desconfianza y la hostilidad de las masas (que atribuía, sin embargo, a su presunta pasividad), mientras —probablemente— aunque hablaba contra los capitalistas y los burgueses sabía que tenía las manos atadas por los "acuerdos" con los grupos políticos y círculos politicos económicos, que el inspector Gasti consideraba como saludablemente esterilizantes.

No diré que mis compañeros y yo advirtiésemos con claridad este límite. Lo cierto es que con el correr de los años, intuimos que Mussolini, por exceso de astucia y de confianza en su propia capacidad, por ignorancia de la naturaleza, la fuerza y los recursos de la clase conservadora, llegó a hacerse la ilusión de que lograría dominarla, mientras que en realidad era ésta la que había logrado utilizarlo; de modo que cuanto más avanzaba tanto más dependía de ella.

La clase conservadora le había dado la aprobación para la "revolución continua" (que en realidad nunca había comenzado), los oropeles de la escenografía romana (que debieron impresionar su fantasía de provinciano, autodidacta y plebeyo), el mito del poder y de la potencia (a los que siempre había aspirado, después de la indigestión que se había dado de Sorel y Nietzsche), y luego, con el correr de los años (también de sus años), los títulos de "*princeps juventutis*" (príncipe de la juventud), "fundador del Imperio", "mariscal" de éste, "protector del Islam", etc. Y Mussolini tomaba en serio estas cosas, a la par que olvidaba las otras, y que agregaba galones, penachos y condecoraciones a su ropaje, cada vez más militaresco, para llevar "patrióticamente" a Italia a la ruina.

Ya en 1933-35, aunque la esencia de los problemas históricos-políticos escapaba a la comprensión de los jóvenes "revolucionarios" que tuvieron la ventura de conocer a Mussolini de cerca, los indicios de este tipo provocaban alarma. Y aún más, para quien había colocado toda su confianza en el hombre, dejaba perplejo el gradual descubrimiento de su personalidad. El más confundido (como, por lo demás, le sucede a todo hijo frente a sus compañeros) era Vittorio, a quien la grandilocuencia, el histrionismo y la trivialidad de ciertos comentarios del padre provocaban un malestar casi físico. Sé que luego, durante la tragedia, estuvo cerca de él (y en el plano humano yo no podría condenarlo), pero entonces, cuando todavía se representaba la comedia de la fingida revolución, se avergonzaba un poco del *duce*, a quien nunca llamaba así sino, humildemente, "papá". Tampoco puede haber olvidado las confidencias que me hizo cuando yo, todavía convencido de que para la "revolución" era indispensable, no un tirano, sino un dictador, pensaba que era necesario estimularlo y liberarlo de trabas poco claras, aun a costa de comenzar de nuevo, mientras él no disimulaba el escepticismo con que recibía tales propuestas. Tampoco tengo motivos para considerar que sus cartas desde Africa, cuando a fines de 1935 fue como "voluntario", por orden de su padre, a una escuadrilla de bombarderos de Etiopía, fuesen insinceras; ni siquiera él, que auspiciaba una solución negociada del conflicto, mostraba creer mucho en los "destinos imperiales" de Italia.

Hay una última cosa que me parece necesario decir aquí. Al progresivo y amargo descubrimiento de los defectos de carácter de Mussolini (todo en él parecía "recitado" y falso), se agregó una sensación no muy clara pero fuerte y más perturbadora: la de hallarnos, aunque no supiésemos nada de la enfermedad que se le atribuía, frente a un hombre no del todo normal. Más allá de las manifestaciones de seguridad y de arrogancia, hasta más allá de lo que había en él —sin duda— de semigenial, aparecía la fisonomía de un individuo patológico. Ya por entonces Mussolini manifestaba repentinas caídas de la voluntad: habitualmente agresivo, a veces parecía ausente y aturdido, discontinuo en sus estados de ánimo, en sus opiniones, en sus actitudes políticas (que a veces cambiaba sobre la base de noticias sin importancia), susceptible y siempre dispuesto a arrojar sobre otros, culpas, responsabilidades o intenciones manifiestamente imposibles (que eran exclusivamente suyas), y sujeto a repentinos abandonos y caídas interiores en los que se revelaba insatisfecho de sí mismo, de su propio proceder y propenso a renuncias.

No pretendo, ciertamente, que este testimonio constituya una contribución histórica. Sin embargo, dadas las dificultades que presenta esbozar hoy un perfil de Mussolini, pienso que el mismo puede al menos justificar que yo crea deber y poder hacerlo de un modo determinado. De cualquier manera que se lo juzgue, se trata de un personaje que durante un cuarto de siglo estuvo en el centro —como figura principal, demiurgo, demonio y, en cierta medida, también víctima— de la suerte de Italia, que el estilo retórico y "milenario" evocado por él comenzó a indicar —desde cierta época— dividiendo los años de la Era Fascista sobre la base de un calendario nuevo. Este calendario, cuyo primer día era el 29 de octubre exigía un cálculo no muy fácil, si es verdad —como lo es— que todavía en octubre de 1942 el Ministro de Cultura Popular recomendó a los diarios: "Se recuerda que el actual es el décimonono aniversario de la Marcha sobre Roma: el año fascista que comienza este 29 de octubre es el *vigésimo* de la Revolución."

R. Z.

lado, más que emperador y rey, estaba Mussolini, salvador de la monarquía y "fundador del Imperio", jefe del fascismo, pluriministro y genio proteiforme, en la paz y en la guerra y en toda cosa, como testimonian los escritos de muchas famosas personalidades de la cultura y periodistas.

Debajo de él no había nada, un largo vacío, hasta llegar a la policía, porque los únicos personajes que tenían alguna influencia —y tampoco siempre— eran el jefe de policía y el comandante de los carabineros, los únicos a los que Mussolini infaltablemente recibió los primeros cada mañana.

El gobierno estaba compuesto de hombres, valiosos en algunos casos, que él nombraba o destituía informando a la prensa antes que a los interesados. El sistema era llamado el del "cambio de guardia". Venía luego el Parlamento, formado por dos cámaras, cuya única tarea consistía en emitir leyes y aprobar los presupuestos. Hasta 1934 la Cámara de Diputados fue electiva, por así decir; pero en marzo de 1939 fue convertida en Cámara "dei Fasci" y de las corporaciones, cuyos componentes eran nombrados desde lo alto y ya no fueron llamados diputados sino "consejeros nacionales". Este cambio no alteró nada. Sólo cabe observar, en todo caso, que el rey no advirtió en esa ocasión que el Estatuto había sido violado también formalmente.

Los senadores eran nombrados por el rey con carácter vitalicio. Desde 1923 Mussolini sugirió al rey los nombres de las nuevas "hornadas", pero tampoco esto modificó las cosas: permanecieron siempre en el Senado, sin que dimitiera ni siquiera uno, aun de los que se decían antifascistas. Para recordar a los más conocidos, nombraremos a Croce, De Nicola, Einaudi, Albertini, Frassati, Bergamini, Casati, etc. De algunos de ellos se sabe que, en lugar de presentar su renuncia, ofrecieron las medallitas recibidas en el acto del nombramiento, cuando "la Patria" pidió oro a los italianos para resistir a las "sanciones" ficticias que en noviembre de 1935 Inglaterra y Francia —en connivencia con Mussolini para que éste ocupase Etiopía— hicieron aprobar por 52 países adheridos a la Sociedad de las Naciones. Croce y los otros "entregaron" las medallitas que les habían regalado, como los obispos sus crucifijos y anillos de oro, también éstos recibidos como homenaje de los fieles, mientras millones de italianos pobres y modestos se privaron de su anillo de casamiento.

Después de las Cámaras, al menos proforma, estaban los otros organismos deliberantes, con poderes considerables, como el Consejo Nacional de las Corporaciones en el sector económico, el Gran Consejo Nacional de las Corporaciones en el sector económico, el Gran Consejo del Fascismo en el político e institucional, y el Comando Supremo para las decisiones militares. Pero todos estaban presididos por Mussolini, que hizo lo que quiso y nadie halló nada que objetar.

Aparte de las Corporaciones y el Gran Consejo, que eran instituciones de partido, consultadas raramente por lo demás, el Comando Supremo —que tenía responsabilidad de vida y muerte en el país, así como competencia y conocimiento en materia de preparación militar— aprobó una tras otra la agresión a Etiopía, la participación en el conflicto español, la ocupación de Albania y las declaraciones de guerra que se sucedieron desde el 10 de junio de 1940: a Francia, a Inglaterra, a Grecia (en realidad, ni siquiera se le declaró la guerra), a Yugoslavia, a la U.R.S.S., a los Estados Unidos y luego, poco a poco, sin que se llevase ni siquiera la cuenta, a Nueva Zelandia, a Brasil, a Australia, a Canadá, a la India, a Egipto y unos 40 países más de los cuales los generales del *duce*, cabe pensar, comprobaban la existencia en los mapas y, al ver que eran lejanos, consideraban que se podían atacar sin riesgo.

Con la conquista de Abisinia y la proclamación del Imperio (octubre de 1935-mayo de 1936) Mussolini llegó a la cumbre de la popularidad. La mayor parte de los italianos, aunque fuera a través de la lente de aumento de la propaganda, vio con complacencia los dos acontecimientos, sobre todo el primero, que parecía más sólido y ofrecería perspectivas de trabajo a dos millones de desocupados o de semiocupados, muchos de los cuales, justamente por eso, se habían enrolado como voluntarios para la campaña llamada África Italiana. El año anterior, en julio de 1934, Mussolini había frustrado la tentativa de *putsch* hitleriano en Austria enviando dos divisiones a la frontera del Brennero, y esto había gustado. Diez meses después, en abril de 1935, firmó en Stresa un pacto con Inglaterra y Francia, que ponía freno manifiestamente al neoexpansionismo alemán y ligaba Italia a las dos grandes democracias occidentales (y secretamente le daba libertad en la empresa de Etiopía). También esto había gustado. Y como en el ínterin parecía que la revolución corporativa iba a comenzar a funcionar, con decididos y rudos anuncios anticapitalistas pronunciados por Mussolini en varios discursos entre noviembre de 1933 y noviembre de 1934, el estado de ánimo general lindaba con la euforia. En la alocución de noviembre de 1934 había dicho: "El siglo pasado proclamó la igualdad de los ciudadanos ante la ley. El siglo fascista mantiene y aun consolida este principio, pero le agrega otro no menos fundamental: la igualdad de los hombres frente al trabajo . . ."

El viraje

Pero la situación sufrió un vuelco y se precipitó a fines de 1936, y es difícil decir si fue más por los malos consejos de los generales o por error, culpa o cambio de Mussolini. Comenzó la intervención en España. Y a falta de documentos seguros, si a Mussolini —improvisado estratega de la fácil conquista de Abisinia (hecha aun más fácil por el uso de la iprita, utilizada con largueza por Badoglio)— tal paso podía también gustarle, la idea satisfizo por cierto a los generales y los industriales, quienes vieron en la guerra de España la posibilidad de continuar haciendo carrera, consiguiendo nuevos ascensos y privilegios, y recibiendo del Estado otros encargos, por un monto que se calcula, desde las cantimploras hasta los cañones, en alrededor de 14 mil millones, en el valor monetario de la época. Desgraciadamente, algunos millares de desmovilizados y de predestinados a la desocupación vieron también ellos en esa nueva guerra la posibilidad de evitar el hambre a sus familias, con riesgo de su vida, confirmaron su "alistamiento voluntario". Así, muchos fueron trasladados, en los muelles del puerto de Nápoles, del destino AOI (África Oriental Italiana) a aquel otro, todavía misterioso, de OMS (Oltre Mare Spagna).

Quizás fue éste el momento —entre 1936 y 1938— en que Mussolini perdió completamente la brújula, mientras millones de italianos, sobre todo jóvenes, que habían dado su fe al fascismo, se alejaron de él.

Los italianos, un poco por genuina toma de conciencia y un poco por la ayuda de un hecho técnico (la posibilidad de oír radios extranjeras que se realizó por entonces), comprendieron que el fascismo llevaría el país a la ruina, como antiguos opositores —ya muertos desde hacía un tiempo o asesinados en aquellos años pero de quienes se hacían portavoz las emisoras de Barcelona, Madrid, Londres, Moscú y algunas emisoras italianas clandestinas— habían advertido: Matteotti, Amendola, Gobetti, Roselli, Picelli, Gramsci, Berneri, Andreoni y muchos otros. En cuanto a Mussolini, si un clínico hubiese podido revisarlo como a un hombre común, habría diagnosticado que el agravamiento de su enfermedad psíquica, con intervalos de lucidez, se manifestó agudamente en esos años. Prosiguió hasta sus últimas consecuencias (inaugurando aquella especie de política de despecho que caracterizó al resto de su vida y de nuestra tragedia) la intervención en España, sabiendo muy bien que chocaba contra la creciente hostilidad de los italianos, comprendidos no pocos fascistas, empobrecía pavorosamente los recursos bélicos y financieros del país, le alineaba las simpatías —aunque fueran interesadas— de líderes políticos occidentales y aquellas, más sinceras porque se basaban en la ignorancia, de la parte de la opinión pública de los países democráticos que todavía miraba con interés y hasta con admiración a la Italia fascista, de la cual sólo conocía los líderes aeronáuticos y deportivos y algunas cosas exteriores. También lo ponía a merced del alumno y competidor, aspirante a aliado y futuro patrón, Adolfo Hitler, por quien sentía aversión y temor, pero en cuyos brazos se lanzó, justamente por entonces, en

una especie de fatalista y quizás fatal deseo de autoaniquilación que debió asaltarlo en ese momento, con una anticipación de casi dos lustros con respecto a la muerte.

La agonía (suya y del país) fue larga, y para el país especialmente penosa.

La aventura española, como todas las "guerras relámpago", duró más de lo previsto: dos años y 7 meses, desde julio de 1936 hasta marzo de 1939. Tanto en el plano interno como en el internacional, constituyó —aparte de toda otra consideración— una gran tontería, por la cual se le pueden conceder a Mussolini dos atenuantes de los que enseguida hablaremos, aunque en modo alguno lo absuelven de culpa; por el contrario, confirman hasta qué punto estaba sordo a los llamados de la razón y no se encontraba siquiera en condiciones de utilizar su tradicional olfato político, aquella especie de previsión y astucia que en el pasado le habían dado no poca suerte.

El drama de la España republicana, seguido día a día también en Italia, enajenó gradualmente el entusiasmo y la fe en el fascismo que se habían afirmado en la mayoría de los italianos pocos meses antes, cuando se comprobó que la conquista de Etiopía no sólo había terminado bien sino que no había provocado el aislamiento internacional que algunos habían temido. En el curso de 1936, en efecto, alrededor de 50 países reconocieron el Imperio, y ya el 15 de julio la Sociedad de las Naciones había decretado el fin de las "sanciones", a proposición de los ingleses.

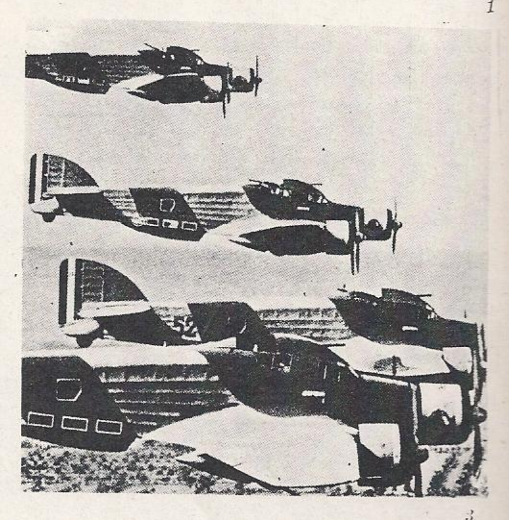
Los únicos que defendieron hasta el final la intervención italiana en España fueron los fascistas de la peor especie, los aventureros que hacían profesión de voluntarismo, los grupos capitalistas que se beneficiaban con ella, una parte de los católicos y el Vaticano. Y si esto puede considerarse como un atenuante para Mussolini, debe recordarse que a partir del verano de 1936 la prensa católica propugnó con gran fervor la intervención en España, en términos de cruzada ideológica. Y cuando el 16 de abril de 1939 el nuevo pontífice Pío XII lanzó su primer mensaje por radio (había sido elegido el 18 de marzo y Franco anunció la victoria el 1º de abril, dos días después de la caída de Madrid), saludó "al heroísmo del pueblo español"; naturalmente, no del que había defendido hasta el último momento la libertad, sino del representado por los mercenarios de la Legión Extranjera y los falangistas; y dijo que, con su triunfo, España se convertía en "un baluarte inexpugnable de la fe católica". En cambio, no dijo una sola palabra para el pueblo checoslovaco, esclavizado un mes antes por Hitler, sometido al "protectorado" de Bohemia y Moravia, mientras Eslovaquia era confiada a la protección del gobierno de monseñor Tiso, católico, el primer Quisling de la larga serie europea. El otro "atenuante" de Mussolini —si se lo quiere llamar así— fue el compor-



1



2



3

1. La intervención italiana en España: una imagen de Guernica destruida.

2. El lema de los franquistas.

3. La aviación italiana ayuda a Franco.

tamiento de Inglaterra, en el que no parece osado ver las raíces de algunas ilusiones extremas que (como trataremos de aclarar en el lugar adecuado) Mussolini quizás abrigó, después de la caída de la República Social, en las últimas horas de su vida.

No puede ser mera coincidencia que la participación fascista en la Guerra Civil Española, mientras las grandes potencias representaban una inútil y grotesca pantomima por la "no intervención", se ubique justamente entre notables manifestaciones de amistad ítalo-inglesa. Nombrado Ciano ministro del Exterior el 9 de junio de 1936, cinco días después que el primer ministro Chamberlain pronunciara en los Comunes un discurso bastante amistoso hacia Italia, el 2 de enero de 1937 se firmó en Roma el *Gentlemen's agreement,* un tratado de amistad entre los dos países en el que se convenía, entre otras cosas, la libertad de navegación en el Mediterráneo (en el momento en que los submarinos italianos acechaban los suministros navales a la España "roja"). El 15 de abril de 1938 (Italia había asumido la dirección de las operaciones militares en España, donde mantenía un cuerpo expedicionario de alrededor de 100.000 hombres), se firmó entre Roma y Londres el "Pacto de Amistad entre los dos Imperios", en el que se definían las respectivas zonas de influencia en el Medio Oriente.

Es probable que los ingleses llevasen tal política, a costa del pueblo español (no de aquella parte de él que era cara a Pío XII), con el fin de contraponer la potencia italiana a la de la Alemania nazi, que se había convertido ya en motivo de preocupación. Esto no quita que tal política permitiese a Mussolini desarrollar una acción tendiente a lograr la hegemonía en la región balcano-danubiana (se intensificaron en ese período las relaciones diplomáticas y los pactos de alianza entre Roma y Viena, Budapest, Belgrado y Tirana), proclamarse protector de los pueblos árabes (en marzo de 1937 tomó en custodia, en Libia, la "espada del Islam", en una vistosa ceremonia adecuada a sus gustos, pero que envenenó la noticia del desastre de Guadalajara) y simultáneamente dejarse atraer cada vez más al juego de Hitler, que todavía le hacía creer que lo consideraba su maestro.

Es difícil, sin embargo, discernir cuáles fueron los cálculos de Londres. Menos difícil es comprender que, un poco complacido por el homenaje del "alumno" de Salzburgo, un poco atrapado por la rivalidad de poder (que sólo podía ser de carácter militar), un poco fascinado (e impresionado) por la superioridad militar, organizativa y coreográfica de la Alemania nazi, Mussolini se acercara cada vez más, aunque con sentimientos contradictorios, a Hitler y compartiese su política.

El plano inclinado

Así, mientras la guerra de España socavaba su popularidad (hasta los voluntarios que habían vuelto de aquella empresa manifestaron un malhumor tal, en la primavera de 1938, que fue necesario mantenerlos segregados, con la excusa de la "cuarentena", para que no difundiesen por el país noticias poco edificantes) y mientras el esfuerzo, también económico, de esa aventura provocaba en Italia fenómenos inflacionistas alarmantes (en dos oportunidades, en el otoño de 1936 y en la primavera de 1937, fue necesario conceder aumentos de salarios y sueldos, tratar de establecer precios máximos y poner en práctica el "bloqueo" de los alquileres y de los servicios públicos), Mussolini se halló atrapado en una especie de tenaz rivalidad con Hitler, en la que se mezclaban absurdamente el antagonismo y la atracción y donde, sobre todo, prevalecía el deseo de hacer lo que desaconsejaba la opinión pública, algunos ambientes fascistas, diversas cancillerías y —también— su misma razón. Era como si esta actitud contra la corriente fuese todavía un modo de manifestar su voluntad autónoma e imperiosa.

Hubo una sucesión de decisiones y medidas desgraciadas que lo colocaron sobre un plano inclinado, impulsándolo cada vez más hacia abajo.

El 11 de octubre de 1936, cuando ya comenzaba a hacerse sentir la crisis económica, anunció un "imponente programa militar" para el cual sólo podía haber una justificación real (además de la de reforzar un poco la famosa afirmación hecha 40 días antes en el Avellino, durante las maniobras militares, de que Italia podía movilizar 8 millones de bayonetas): que se activarían alrededor de 1.200 industrias bélicas, bajo el control de una comisión especial. (El control, naturalmente, no se realizó; ni siquiera hubo una adecuada producción de armas y aparatos modernos, como se vio bien cuatro años después. Sólo sirvió para obtener una gran cantidad de utilidades, de los que fueron beneficiarios también varios dirigentes conocidos y al menos un par de generales, igualmente conocidos por los escándalos de los que fueron protagonistas no muy secretamente.)

A fines de setiembre de 1937, después de un triunfal viaje por Alemania (que lo impresionó mucho por la exhibición de multitudes y de cuerpos armados a la que se lo hizo asistir), Mussolini pronunció en Berlín un discurso llamado "del Campo de Marte", por el inmenso estadio en el cual lo dijo, y en el que competía en agresividad con su anfitrión y hasta trataba de superarlo, para asumir el papel principal. En dicho discurso anunciaba al mundo que se había formado un "frente de 115 millones de hombres" dirigido contra el bolcheviquismo y sus "encubridores". Se trataba de una alusión explícita a los gobiernos de París y Londres, que se abstuvieron de la intervención y fueron presentados por la propaganda fascista como colaboradores directos o indirectos de la Unión Soviética en la disputa internacional por España.

El 9 de noviembre se firmó, entre Alemania, Italia y Japón, el "Pacto Anticomintern" y los millones de antibolcheviques se elevaron a alrededor de 200 millones.

Lo que se elevaba verdaderamente era el termómetro de la tensión europea, a causa de las reiteradas iniciativas de Hitler. Y Mussolini lo seguía de cerca, como si temiese aparecer en un segundo plano ante los ojos de la opinión pública internacional o como si no quisiese, realmente, dar satisfacción a cuantos se oponían o criticaban a su infatuación. Para demostrar su propia voluntad e independencia, comenzó a imitarlo. El 11 de diciembre de 1937 hizo salir a Italia de la Sociedad de las Naciones (que Alemania había abandonado en octubre de 1935). El 1º de febrero de 1938, en ocasión de un gran desfile militar en los Foros Imperiales, dio a los espectadores (entre quienes se contaban el rey y Badoglio, comandante en jefe de S. M.) la sorpresa de hacer desfilar a un grupo de la milicia con paso de ganso, del que sabía que era ridículo y mal visto en Italia, y anunció que sería adoptado por todas las fuerzas armadas después de rebautizarlo como "paso romano". En mayo de 1938, sabiendo que era poco simpático para los italianos, invitó a Hitler a Italia y le hizo visitar justamente Florencia, Roma y Nápoles (cuyas poblaciones son de las más burlonas). Trató entonces de reconquistar la superioridad e impresionarlo, no tanto con desfiles de fuerzas armadas, terreno en el cual era mal competidor, sino llevándolo a ver galerías y museos, mostrándole los vestigios imponentes de la romanidad y, finalmente, haciéndolo asistir a una espectacular maniobra naval en las aguas de Nápoles.

En junio de 1938, después de haber negado su existencia en un comunicado oficial de febrero del mismo año, descubrió el "problema judío" y lanzó la campaña antisemita, polemizando de un modo ridículo y movilizando periodistas y escritores para sostener que se trataba de una iniciativa absolutamente autónoma y que la orientación racista tenía precedentes "doctrinarios" también en Italia.

Si se piensa en la sucesión y en el conjunto de estos sucesos, difícilmente puede ponerse en duda que nos encontramos frente a un extraviado, si no un loco. En cuanto a la campaña racista, creemos no alejarnos mucho de la verdad si afirmamos que también ella fue desencadenada por Mussolini por repercusión; precisamente, para reaccionar a su modo, ante el grave golpe que había infligido a su prestigio la ocupación nazi de Austria.

Austria había sido siempre una "carta" antialemana en el juego mussoliniano, desde la época del asesinato de Dollfuss en julio de 1934 (después del 25 de julio de 1943 se quejó de que las potencias occidentales lo

"El hombre que destapó el infierno", según el caricaturista Low. Es la época de la tensión internacional y la guerra mundial.



habían dejado solo cuando él fue el único que impidió, con una verdadera amenaza de guerra antialemana, el *putsch* del verano de 1934). Cuando, después de tantas manifestaciones de amistad, en marzo de 1938 Hitler llevó a cabo el *Anschluss* (anexión), para Mussolini fue como una sonora bofetada: en Italia hubo manifestaciones populares y estudiantiles de protesta; hasta varios jerarcas se sublevaron.

Y justamente por eso, por no dar satisfacción a la opinión pública y no porecer que cedía a las presiones de su propio ambiente, Mussolini no reaccionó contra Berlín, sino que se las tomó con los italianos. Tomó disposiciones para que la prensa anunciase que todo había sido convenido (lo cual no era verdad); lo mismo sostuvo en el Gran Consejo y en la Cámara el 13 y el 16 de marzo. A los más íntimos explicó que ése era el precio que debía pagar Italia por la ayuda recibida de Alemania en la época de las "sanciones inicuas" (y también ésta era una mentira, porque no había habido, seriamente, ayuda ni sanciones). Finalmente, castigó al pueblo italiano, imponiéndole el racismo, como para darle a entender que todavía era capaz de domarlo. Sin embargo, en esos primeros meses, este racismo fue todavía una manifestación más verbal que práctica, pues sólo se concretó en medidas blandas (con respecto a las que ya se habían aplicado en Alemania desde hacía 5 años, claro está).

El drama verdadero fue que, si Mussolini daba así rienda suelta a un acceso de locura, los cuerdos, los responsables, no movieron un dedo ni dijeron nada, al menos en público: sólo uno, un judío, el editor Formiggini, de 46 años, manifestó su desaprobación arrojándose desde la Ghiraldina, en Módena. Y en el ámbito internacional, después del golpe de mano nazi sobre Austria, el drama fue que el 2 de abril también Londres reconoció oficialmente la anexión. ¿Qué más se necesitaba para que Hitler se sintiese estimulado, por la aprobación inglesa y la impotencia italiana, a dirigir sus miradas hacia Danzig y Checoslovaquia, reiniciando el retorno al Reich de los alemanes que se encontraban en aquellas tierras, y las mismas tierras? Fue un verano cálido, cargado de relámpagos bélicos, hasta que el 29 de setiembre Mussolini se encontró en Munich con Hitler, Chamberlain y Daladier y, asumiendo la función de árbitro, convenció a los primeros ministros —inglés y francés— para que consintieran que Alemania se anexase al menos la región de los Sudetes, de Checoslovaquia.

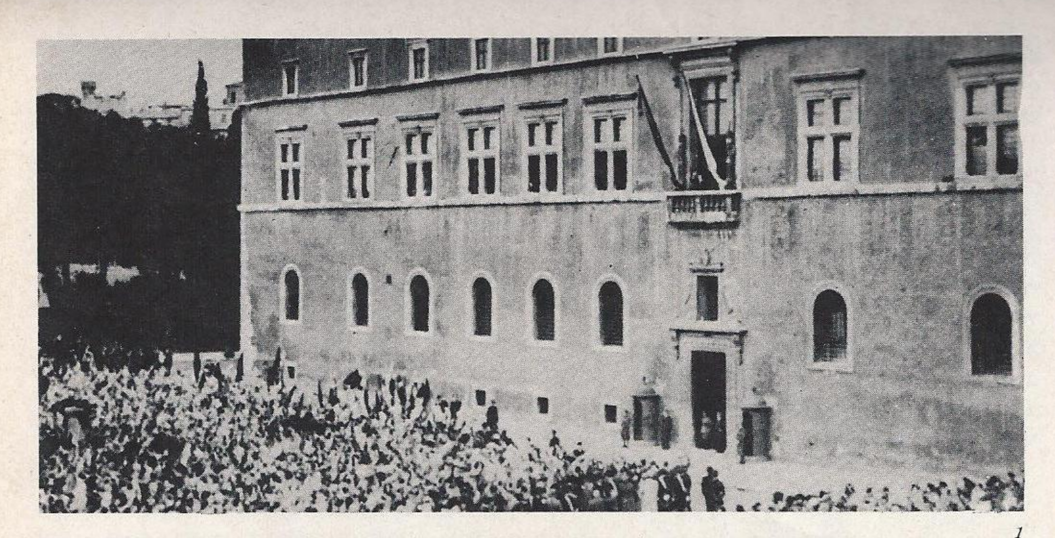
Al volver a Italia, se le rindieron los honores del triunfo, como "salvador de la paz". Pero éste era un papel que no le gustaba, porque conocía ya las verdaderas intenciones de su compadre alemán. Por ello, mientras el 12 de enero de 1939 Chamberlain y Halifax llegaban en peregrinación a Roma (donde visitaron también al Papa), para consolidar las buenas relaciones angloitalianas, y mientras Hitler vociferaba todavía por Danzig, por el resto de Checoslovaquia, por la restitución de las viejas colonias arrancadas a Alemania después de la guerra del 14, Mussolini dio comienzo a una extravagante campaña antifrancesa, pues había descubierto que Túnez, Córcega, Saboya, Niza y Djibuti, por una razón o por otra (histórica, etnográfica o estratégica) debían pertenecer a Italia. Y no hubo nadie (ni el rey, ni un general, ni un político, ni una personalidad de prestigio) que lo llamase a la razón. Por el contrario, cuando en marzo de 1939 agregó también Suez a la lista, Gaspare Ambrosini recordó en un conocido folleto que era una de las "puertas del Mediterráneo", a cuyo control la Italia Imperial no podía renunciar.

En marzo, Hitler completó la ocupación de Checoslovaquia, izando en el castillo de Praga la bandera con la cruz gamada. En abril, Mussolini, para no quedarse atrás, hizo desembarcar en los puertos de Valona y Santi Cuaranta un cuerpo expedicionario que, sin disparar un tiro, ocupó Albania. En mayo, por último, los dos dictadores se entendieron para proceder de común acuerdo y sellaron el Pacto de Acero.

La guerra

Al parecer, entre las cláusulas secretas, se establecía que el ataque a Europa no debía producirse antes de 1943, para dar tiempo a Italia a tomar alientó y rearmarse seriamente, después de la pérdida de fuerzas que había sufrido, desde 1935, en las guerras de Etiopía y de España. Pero el hecho de que aquel pacto significaba el preludio de la guerra general no podía escapar a nadie que estuviese atento, en Italia o en el exterior. Sin embargo, salvo Roosevelt, nadie elevó una voz de advertencia; y en Italia menos que nunca se oyó una voz de alarma de los líderes políticos, militares y culturales, ni siquiera de algunos antifascistas (como Croce, Bonomi, De Nicola, Orlando, De Gasperi, Bergamini y no pocos más) que gozaban de una relativa libertad y frecuentaban el Senado y la Corte.

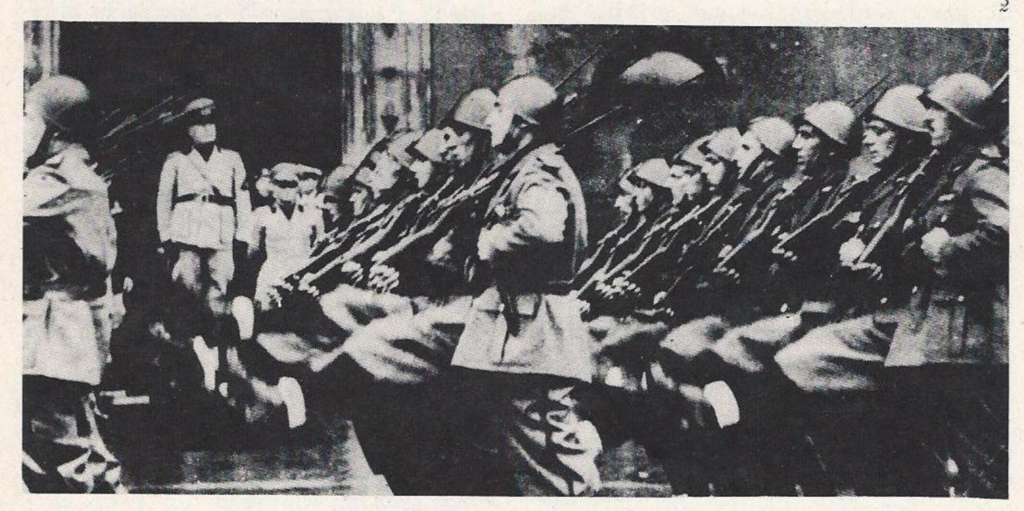
Cuando comenzó el conflicto, en el alba del 2 de setiembre de 1939 con la agresión nazi a Polonia y la declaración de guerra anglo-francesa a Berlín, fueron algunos dirigentes fascistas —Ciano, Balbo, Grandi, Botai y unos pocos más— quienes impidieron que Mussolini se arrojara inmediatamente a la hoguera. Y como el mismo Hitler no tenía interés en ese momento, en llevar a remolque a Italia, se escogió la fórmula de la "no beligerancia". Ésta duró 9 meses, el tiempo justo de una gestación que Mussolini, contrariado, efectuó mordiendo el freno y casi en trance. Luego, cuando tuvo la sensación de que esta "guerra relámpago" estaba por terminar y temió no poder arrojar sobre la mesa de la paz "algunos millares de muertos", se despertó, puso fin a las vacilaciones



1



2



3

1. Mussolini anuncia la entrada de Italia en la guerra a la multitud reunida frente al Palacio Venecia.

2, 3. El duce pasa revista a las tropas.

y, después de algunos días de "*squadrismo*" en frío y durante los cuales millares de italianos fueron apaleados al azar, demostrativamente, sólo porque compraban el *Osservatore Romano* o estaban parados en las esquinas leyendo los manifiestos en los cuales se anunciaba que "Chamberlain había perdido el ómnibus", declaró la guerra a Francia, que los alemanes habían ya ocupado en sus tres cuartas partes (así como habían ocupado en pocos días Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda), y a Inglaterra.

Era el 10 de junio de 1940. Después de algunos días de preparación y 4 días de combates inútiles en los Alpes, bajo la jefatura del príncipe Umberto (631 muertos, 5.495 heridos y 2.125 congelados), Ciano y Badoglio firman el armisticio con Francia en Villa Incisa.

El verano transcurrió en relativa calma, pero en octubre, habiendo los alemanes invadido Rumania, Mussolini no quiso ser menos, tanto más cuanto que se tocaban los Balcanes. Oyó a Ciano, que había preparado todo en el plano diplomático, y a Badoglio, que manifestó pocas dudas acerca de la capacidad militar italiana (en un primer momento pidió 20 divisiones y muchos meses de preparación, pero luego se contentó con las pocas y mal armadas fuerzas disponibles en Rumania y con dos días para preparar los planes estratégicos), y el 29 de octubre dio la señal para el ataque a Grecia.

Fue un revés espantoso, al que siguieron a fin de ese año otros reveses en Cirenaica y en el Mediterráneo, donde la marina y la aviación, a pesar del heroísmo de las dotaciones, estaban en una neta inferioridad con respecto a las fuerzas aeronavales inglesas. Mussolini quedó sorprendido y aturdido, como un niño que hubiese alargado la mano hacia una trampa y recibido un terrible latigazo. Necesitaba un chivo expiatorio (y también porque Hitler le hizo llegar el 18 de noviembre una solemne reprimenda). Farinacci se lo encontró, y con buena razón, en el jefe de S. M. general Badoglio, que renunció enojado y convencido de que así se haría notar, lo que siempre le había dado éxito desde el desastre de Caporetto. Luego rogó al rey que lo nombrase nuevamente; fue a ver al *duce* para prometerle que en el futuro actuaría mejor y le prestaría su ciega fidelidad, como en el pasado. Pero no recibió satisfacción. Entonces se retiró a jugar a las bochas en Grazzano y al bridge en su principesca villa de Roma; y después, al empeorar la marcha de la guerra, se dispuso a jugar al antifascismo.

Desde comienzos de 1941, a medida que las cosas iban peor (al menos para Italia, pues Alemania seguía venciendo), una especie de frenesí estimuló cada vez más a Mussolini a realizar las empresas más absurdas y de las cuales no quiso o no supo disuadirlo ninguno de cuantos habrían podido hacerlo (el rey, el Estado Mayor, el

Senado, los jerarcas y el mismo Vaticano, con la discreción de que es capaz cuando le conviene intervenir). Lo intentó Ciano, pero al final y sin éxito. Como consecuencia de ello, primero fue enviado al frente, junto con otros ministros y jerarcas, y luego fue alejado del Ministerio del Exterior y nombrado embajador ante la Santa Sede.

Ninguna justificación nacional (y ni siquiera imperialista, pues Italia se encontró cada vez más a remolque de Alemania) justificaba esa guerra y las insensatas iniciativas de Mussolini. Después que los alemanes le "rompieron los lomos" a Grecia y asumieron la dirección de las operaciones en Yugoslavia y en Libia, entre febrero y abril de 1941, y mientras dominaban sin ninguna formalidad al resto de los Balcanes, Mussolini (que mientras tanto, en mayo, debió resignarse a perder el Imperio, a la par que envió a sus infortunados defensores, todos ellos internados en los campos para prisioneros del Sudán y de Kenia, un mensaje en el que prometía: "volveremos"), nombró dos "gobernadores" para Dalmacia y Montenegro, hizo de Croacia un nuevo reino que regaló al rey y proyectó (pero se lo impidieron los alemanes) crear otra gobernación en Grecia.

En ese período, Mussolini necesitaba que Italia estuviese al menos presente en cualquier frente: con sus tropas de ocupación en Francia meridional; con su cuerpo expedicionario de 250 mil hombres en la U. R. S. S., apenas Hitler se decidió a atacarla; con sus bombarderos en La Mancha, para ayudar a la Luftwaffe (fuerza aérea alemana) a "coventrizar" a Inglaterra; con sus buques antisubmarinos en el Mar Negro, en la base de Odesa; y con sus submarinos en todas partes, aun en el Atlántico remoto, cuando en diciembre de 1941 fue posible declararle también la guerra a Estados Unidos. Aunque no hubiesen existido muchas otras razones, con una conducta semejante la guerra sólo podía terminar en el desastre.

Desde el otoño de 1942, Mussolini sufrió una caída moral y física; salvo unas pocas intervenciones esporádicas y extravagantes, dejó que se ocupasen los generales (que cambiaba con frecuencia porque ninguno lo satisfacía: después de Badoglio había echado a Visconte-Prasca, Graziani, Cavallero, Soddu y otros) de las cuestiones militares. Y aquí comienza el acto final, cuyo protagonista ya no fue un loco extravagante y feroz, sino un demente más bien sumiso, con momentos de lucidez y hasta de arrepentimiento.

El 25 de julio

Los historiadores discuten mucho ahora sobre la génesis de los sucesos del 25 de julio. Desde un punto de vista general, el hecho fue que la monarquía, la clase dirigente vieja y nueva —consolidadas durante el fascismo—, el mundo económico-financiero y el Vaticano trataron de desembarazarse de Mussolini, después de haberse servido de él durante tantos años, con el fin de mantener, bajo otras formas, el régimen conservador que él había protegido, en el momento en que las cosas estaban por llegar al paroxismo, por la guerra perdida y la amenaza de revuelta popular, con el riesgo de perderlo todo. Pero, desde el punto de vista de Mussolini, ¿cuáles fueron realmente su papel, su comportamiento, su pensamiento y sus intenciones, en aquellas críticas circunstancias? Considerar y afirmar que fue tomado desprevenido parece hoy, a la luz de los estudios más recientes, inadmisible. Por el contrario, la convicción que se adquiere sobre la base de las últimas investigaciones es que, justamente en los últimos meses anteriores a la caída, el que más se preocupó, aun con vacilaciones y dudas, de poner fin a la guerra y, por ende, a la alianza con Alemania fue el mismo Mussolini. Aunque no se atrevió a llegar tan lejos, por su indecisión y sus contradicciones íntimas (que en las dramáticas semanas de comienzos del verano de 1943 lo llevaban a temer a su aliado o a abrigar esperanzas acerca de su ulterior capacidad de recuperación y de protección, mediante las famosas "armas secretas"), Mussolini se entregó al curso de un "25 de julio" tal como él lo imaginaba, en la confianza de que, dimitiendo, el rey le conservaría en el plano personal la gratitud que le debía; en la tonta ilusión de que, abandonando el poder (después de ejercerlo tiránicamente durante 20 años), no se le negaría la posibilidad de retirarse, como un anciano jubilado a quien no se pueden desconocer los servicios rendidos al Estado en momentos mejores. Mientras tanto, otros sacarían al país de dificultades y recibirían la pesada, "infortunada" y no del todo pasiva herencia que él dejaba.

Esto es lo que atestigua su carta del 26 de julio a Badoglio, sus escritos, su correspondencia privada y cuantos lo tuvieron en custodia o tuvieron ocasión de acercarse a él (el almirante Maugeri, el mayor médico Santillo, diversos oficiales y suboficiales de carabineros), durante el período de su encarcelamiento entre Ponza y el Gran Sasso, desde el 26 de julio hasta el 12 de setiembre [8].

La preparación y el desarrollo de la sesión del Gran Consejo del 24-25 de julio, la intención y la "conjuración" del rey, así como el complot de los generales para capturar a Mussolini en su casa, son todos sucesos ya revelados y divulgados por cronistas e historiadores, aunque con algunas divergencias de interpretación. El aspecto que aquí es necesario subrayar del ridículo "golpe de Estado" es que Mussolini se haya sometido conscientemente al Gran Consejo, que era un órgano meramente consultivo y al que ya no se apelaba desde junio de 1939, y que luego haya sido despedido, pura y simplemente, por el rey, quien ni siquiera lo habría hecho arrestar, si hubiera dependido de él. Sólo hay una explicación (no puede haber otra, si se renuncia a inventar mitos heroicos o dramáticos en torno al suceso más trivial de la historia de Italia) y es que también para Mussolini la situación estaba "madura" (un Mussolini —lo dijo él, unos meses después, a Marinetti— con atroces dolores por la úlcera, privado de lucidez y de voluntad por su otra enfermedad y por el curso de los sucesos, frente a los cuales —como le había sucedido otras veces, por lo demás, en casos menos graves— había permanecido atontado, mortificado y sólo deseoso de apartarse de ellos, como si no hubiese sido él quien los provocó). Las cosas habían resultado mal, tan mal que él ya no podía hacer nada y el único remedio que quedaba, en lo que le concernía personalmente, era salir del escenario y dejar que algún otro menos comprometido que él tratase de sacar las castañas del fuego ("Italia está 'despedazada' ", habrían sido las primeras palabras del rey, al recibirlo el 25 de julio a las 4 de la tarde en Villa Savoia).

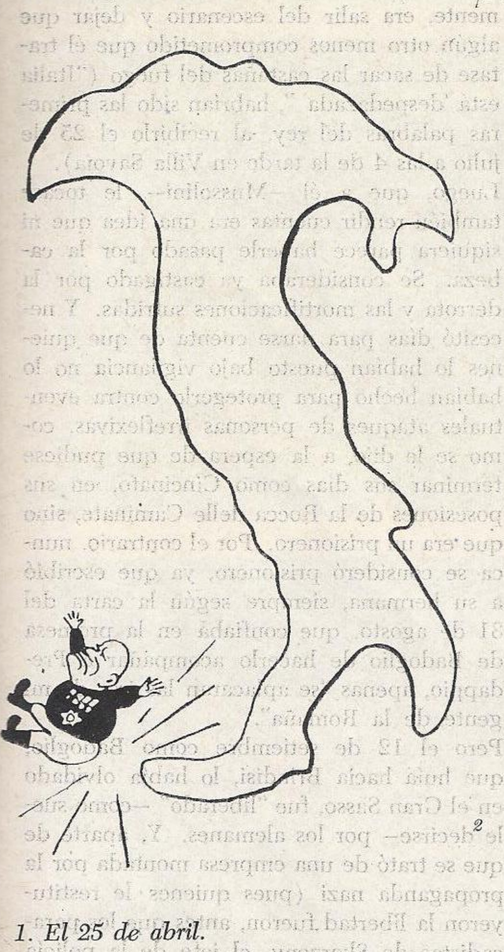
Luego, que a él —Mussolini—, le tocase también rendir cuentas era una idea que ni siquiera parece haberle pasado por la cabeza. Se consideraba ya castigado por la derrota y las mortificaciones sufridas. Y necesitó días para darse cuenta de que quienes lo habían puesto bajo vigilancia no lo habían hecho para protegerlo contra eventuales ataques de personas irreflexivas, como se le dijo, a la espera de que pudiese terminar sus días como Cincinato, en sus posesiones de la Rocca delle Caminate, sino que era un prisionero. Por el contrario, nunca se consideró prisionero, ya que escribió a su hermana, siempre según la carta del 31 de agosto, que confiaba en la promesa de Badoglio de hacerlo acompañar a Predappio, apenas "se aplacaran las iras de mi gente de la Romaña".

Pero el 12 de setiembre como Badoglio, que huía hacia Brindisi, lo había olvidado en el Gran Sasso, fue "liberado" —como suele decirse— por los alemanes. Y, aparte de que se trató de una empresa montada por la propaganda nazi (pues quienes le restituyeron la libertad fueron, antes que los paracadistas de Skorzeny, el jefe de la policía Senise, el inspector Gueli y el general Soleti), en aquellos primeros momentos emocionantes Mussolini pensó que, después del olvido de Badoglio, sería ahora su amigo Hitler quien se ocuparía de él, para permitirle volver a su tierra y permanecer en ella apartado e inadvertido.

Podestá de Gargnano

Fue llevado en cambio a Alemania, donde su amigo le confió la dirección del nuevo gobierno italiano republicano. También sobre este capítulo final, largo y trágico, de su vida (mientras Italia "despedazada" se dividía en dos y se desgarraba ferozmente), las historias están llenas de detalles y suministran versiones diversas. En nuestra opinión, Mussolini no se consideró nunca verdaderamen-





1. El 25 de abril.

2. El caricaturista Sennep interpreta la situación.

te como el jefe de la República de Salò; se consideró más bien, y esta vez en serio, como prisionero de los alemanes (si bien un prisionero respetado), "el Podestá de Gargnano", el responsable de "un puñado de libertos condenados a gobernar un pueblo de esclavos", como dijo a algunos de sus colaboradores de confianza. Es lícito preguntarse por qué ese papel y por qué lo mantuvo. Y aquí las interpretaciones pueden variar, y todas son legítimas. Quizás se vio inducido a modificar tan radicalmente sus desvaríos acerca de una conclusión idílica y campestre de su propia existencia por cobardía. Probablemente Hitler lo obligó, más con el chantaje que con la persuasión (cuando se volvieron a ver en Ratensburg, el 14 de setiembre, poseía de él diversas cartas que probaban sus recientes intenciones de desligarse de la alianza y poner fin a la guerra: informes del embajador en Berlín, Alfieri, correspondencia con los gobiernos japonés, húngaro, rumano y otro que aún no se conoce). Sin duda, Hitler debió decirle también que si no aceptaba el papel de Quisling italiano, Italia sería convertida pronto en tierra arrasada. No puede excluirse también que de tanto en tanto haya abrigado algunas ilusiones de recuperación.

Los hechos ciertos son que, limitado y vigilado como se encontraba en la zona del Garda, nunca demostró tomar en serio la actividad de "su" gobierno; ni siquiera se entusiasmó por la "carta de Verona" y la socialización, que habrían debido despertar en él viejas veleidades revolucionarias; se ocupó principalmente de la reconstitución de las fuerzas armadas, quizás porque pensaba que esto podía hacer que Italia reconquistase un poco de prestigio y le restituyese al menos un mínimo de autonomía (los alemanes, en efecto, no favorecieron en nada estos esfuerzos: prefirieron que los italianos trabajasen duro en las fábricas del norte y en los *lager* o se enrolasen directamente en las formaciones de las S.S.); no aprobó ni estimuló —y cuando pudo trató de frenarla— la actividad de las diversas bandas y policías irregulares fascistas que aterrorizaban a la población con el pretexto de la represión antiguerrillera. Permaneció pasivo (y lo que pudo sentir en su fuero interno sólo Dios lo sabe) frente al proceso de enero de 1944, que culminó con el fusilamiento de los presuntos "traidores" del 25 de julio, entre los cuales se contaban su yerno, Galeazzo Ciano, el viejo y fiel De Bono, los dos jóvenes e ignaros nuevos miembros del Gran Consejo, Bareschi y Gottardi. Se dio alguna satisfacción, con manifiesta intención vindicativa, escribiendo páginas mordaces en las que revelaba pormenores pocos lisonjeros acerca del Rey, Badoglio, Grandi y unos pocos más. Todas las veces que pudo intercedió en favor de antiguos y nuevos adversarios (en tres circunstancias distintas, en abril y en agosto de 1944 y en febrero de 1945, intervino para salvar a Ferruccio Parri). Mientras la guerra se acercaba al Po, las destrucciones en las provincias septentrionales se multiplicaban y millares de italianos se mataban en las montañas y en las ciudades, alineados en posiciones adversas, él se dedicó cada vez más a la lectura y conversaciones sobre filosofía, literatura y religión, con su antiguo enfoque empírico, en forma extravagante y extemporánea, manifestando pensamientos o repentinas iluminaciones que no son en modo alguno normales.

Es natural que, durante todo este período, sea por exigencias de oportunidad, sea porque en ocasiones se sintiera convencido, Mussolini haya asumido también responsabilidades precisas y públicas, de las que quedaron huellas y recursos en la mayoría de los italianos.

Así, se recuerdan disposiciones, discursos y declaraciones (algunas sencillamente feroces), no sólo de homenaje y de confianza hacia el aliado aborrecido, sino de incitación a la guerra civil. Por el contrario, cuanto más advertía que el número de los italianos contrarios a "su" república crecía y que los militantes de los grupos guerrilleros se multiplicaban, realizaban acciones cada vez más audaces y afrontaban represalias, torturas y ejecuciones cada vez más atroces, tanto más se manifestaba el furor impotente de quien sabe que está equivocado y de un modo desatinado y en plena contradicción con algunas iniciativas "de conciliación", que sin embargo (pero casi siempre por presión o sugestión de otros) quiso intentar hasta las últimas semanas.

Por lo demás, que en esos últimos 20 meses se comportó como un alucinado y un loco, tanto en la vida privada como en la pública, tanto en las meditaciones como en la acción limitada, quizás es lo único que se puede afirmar con certeza. Se alternaban en él largos períodos de inercia mental, durante los cuales parecía un sonámbulo, con explosiones de energía y hasta de virulencia y con esporádicas reapariciones de una conciencia racional, bastante lúcida y dirigida, o preocupaciones no risibles o condenables. Pero eran manifestaciones débiles, pronto superadas por la confusión mental o por su gran deseo de no pensar ni hacer nada.

Según diversos testimonios, aunque contribuía a alimentarla, se sentía contrariado por la "lucha fratricida" que se desarrollaba en Italia y con la que terminaba su parábola política. Comprendía bien, entre otras cosas, que entre los "rebeldes" había muchos que, todavía pocos años antes, le habían otorgado su fe, mientras que entre sus últimos fieles que trataban de exterminarlos al servicio de los alemanes se encontraban (aparte de unos pocos ilusos o resignados, trágicamente, a una "coherencia" absurda y un cierto número de jóvenes ignorantes) los peores representantes de Italia, aún fascista: criminales, aventureros, opor-

tunistas, los dedicados al doble juego, etc. Pero aun esos relámpagos de conciencia sólo servían para agudizar su drama íntimo, que —como había hecho siempre en casos similares— trataba de sofocar y de ocultarse a sí mismo, refugiándose en divagaciones seudofilosóficas cuyo sello místico revelaba también el ridículo en el que naufragaba su parábola, iniciada bajo el signo del vitalismo más desprejuiciado.

Sus pasos finales, próximos al 25 de abril de 1945, son conocidos. En cierto modo, es todavía significativa su intención de "entregar" la República Social Italiana al Consejo de Liberación Nacional de la Alta Italia, como si fuese un patrimonio hereditario en el que se pudiese separar el activo del pasivo. También típica de su temperamento es la manera como primero se dejó engañar por el cardenal Schüster, para luego inquietarse (cuando supo que los alemanes habían ya acordado la rendición) y romper la conversación iniciada con los representantes del SVL, en el Arzobispado, renunciando a toda negociación para la entrega de las armas, las tropas y los líderes de su destruida República a los vencedores.

Sobre sus últimas horas se cuentan muchas historias, pero, bien pensado, es poco lo que se sabe. Mussolini partió el 25 de abril a la tarde, con una columna de jerarcas, en dirección a la Valtellina, llevando consigo dos voluminosas bolsas y haciéndose preceder por un camioncito que, según se dice, contenía documentos de gran importancia. Después de muchas vueltas, paradas, escaramuzas y desbandes (la mayor parte de los jerarcas fueron capturados en Como, el 26), Mussolini —a quien se había unido la Petacci y que había perdido el camioncito— logró incorporarse a un grupo de alemanes el 27 por la mañana. Se puso un capote y un casco de la *Wehrmacht* para no hacerse reconocer, pero durante una inspección en Dongo alguien lo reconoció o fue denunciado, y fue capturado por un grupo de guerrilleros, quienes después de mucho peregrinar lo alojaron, a él y a la mujer, en una granja de las cercanías de Menaggio. Eran las 3 y cuarenta de la mañana del 28 y los encerraron en un dormitorio. A las 4 de la tarde, otros guerrilleros los fueron a buscar y los condujeron al lugar de la ejecución, una ruta de campaña en la localidad Giulino de Mezzegra.

La circunstancia de que Mussolini fuera capturado vestido de alemán y a pocos kilómetros de Suiza consolida la tesis de que sólo trataba de salvar su vida. Y evidentemente no se puede dudar de que trataba de huir. Pero no se puede ignorar tampoco que, desde hacía un tiempo, era un hombre acabado, y que atribuía gran valor a los documentos que llevaba consigo y que se perdieron, sin que nunca más se haya tenido noticias de ellos.

Quizá Mussolini, propenso como era a los yerros, sobrevaloró su interés; se ha dicho que habrían sido útiles, después de la guerra, para Italia (y, por ciento, también para su causa personal), frente a los ingleses, a Churchill en particular. La política de Londres con respecto a Italia, desde 1934 en adelante, la conocida simpatía de Churchill por el fascismo, sus relaciones personales con Mussolini y sus reiterados juicios favorables sobre él, así como algunas noticias y sugerencias de que esas relaciones se mantuvieron hasta durante la República de Salò, son indicios que inducen a a reflexionar y provocan un explicable deseo de saber más en quien intenta una reconstrucción histórica [9].

Sin embargo, el autor de esta biografía, no cree que el conocimiento de esos documentos podría hacer modificar el juicio sobre Mussolini y sobre el fascismo: los italianos saben, sin posibilidad de revisión, cuanto daño han hecho al país el hombre y el régimen. Pero comprenderían mejor a qué condiciones externas (además de la protección, la complicidad y los intereses internos de los círculos económicos, y los ambientes sociales, políticos y culturales, de la monarquía y del Vaticano) se debe que el fascismo haya durado tanto y no se lo haya podido eliminar antes y de otro modo que bajo el acicate de una guerra desventurada.

Por otra parte, el juicio histórico sobre Mussolini (viviendo tantos de los que lo conocieron, lo admiraron, le creyeron, se ilusionaron o se dejaron ilusionar por sus intenciones y sus palabras), aunque hoy nos parezca oportuno trazar un retrato que tenga en cuenta también sus complejos aspectos psicológicos, sólo podrá ser, con el transcurso del tiempo, severo y claro. La historia no se preocupa por las intenciones, las contradicciones, los dramas íntimos y lo que, en las palabras o en las apariencias, contrasta con los hechos esenciales, sino que valora y clasifica a éstos en grandes síntesis. Y no podrá haber duda, en tal cuadro, que Mussolini significó para Italia atraso, oscurantismo y desventura; pese al atenuante de una condición psíquica anormal, aun si aspiró a otra cosa no la realizó. También Nerón incendió Roma porque quería hacerla más bella y amó —se dice, pero no siempre se explica cómo— a su madre.





3. El último encuentro con Hitler.

4. Los últimos espasmos del régimen y de Mussolini. El discurso en el Teatro Lírico de Milán. "Moriremos con el rostro dirigido al Sol", habría gritado con su antigua fogosidad; pero en su rostro se observan los signos de la conciencia de la derrota.

Notas

[1] No existe un texto auténtico del programa aprobado por la Asamblea constituyente de los "fasci". Según lo que "Il Popolo d'Italia" publicó los días siguientes en varias oportunidades, ese programa presentaba las siguientes reivindicaciones:

"Una asamblea constituyente, como sección italiana de la constituyente de los pueblos, procederá a la transformación radical de las bases políticas y económicas de la comunidad, asegurando su desarrollo sin intermitencias. Proclamación de la República italiana. Descentralización del poder ejecutivo y administración autónoma de las regiones y las comunas por los respectivos órganos legislativos.

Soberanía del pueblo, ejercida por el sufragio universal; voto de las mujeres; garantías de iniciativa popular, de referéndum y de veto.
Eliminación de la burocracia irresponsable y reorganización de los órganos administrativos estatales.
La función del Estado se limitará a la dirección civil y política de la vida italiana.
Abolición del Senado.
Abolición de la policía política y formación de una guardia comunal y nacional.
Justicia electiva, independiente del poder ejecutivo.
Abolición de todos los títulos de casta, de nobleza y de toda orden caballeresca.
Abolición de la conscripción obligatoria, desarme general, prohibición de fabricar toda clase de armas para la guerra ,libertad de opinión, de conciencia, de religión, de asociación, de prensa, de propaganda y de agitación, tanto individual como colectiva.
Sistema educacional con escuelas de cultura general y profesionales abiertas a todos; bibliotecas gratuitas; libertad para los profesores.
Cuidado máximo y perfeccionamiento de la higiene social y de toda forma de asistencia.
Supresión de las sociedades anónimas y financieras.
Supresión de toda especie de especulación, de los bancos y las bolsas.
Censo y tasación de las riquezas privadas.
Confiscación de las rentas improductivas.
Prohibición del trabajo antes de los 16 años.
Jornada de trabajo de 8 horas.
Confiscación de las utilidades de guerra; proscripción de los parásitos que no son útiles a la sociedad; impuesto a la herencia; confiscación de los bienes eclesiásticos para entregarlos a instituciones de asistencia social.
Reorganización de la producción sobre bases cooperativas y participación de los trabajadores en las utilidades.
La tierra para los campesinos, con cultivos asociados.
Otorgamiento de la administración de las industrias, los transportes y los servicios públicos a los sindicatos de técnicos y trabajadores.
Abolición de la diplomacia secreta.
Política exterior basada en la solidaridad de los pueblos y su independencia en el seno de una Federación de Estados."
Recordar estas declaraciones, nunca desmentidas oficialmente, que pueden contribuir a hacer comprender el hecho de que tantos italianos, y en particular los nacidos después de 1910, se hayan podido considerar fascistas y, durante muchos años, a pesar de la lección de los hechos (que hoy parece simple y clara), reivindicar los "principios de 1919" y combatir las resistencias y las deformaciones que parecían impedir su realización por causas, ya entonces comprensibles, de orden político, económico y social, pero extrañas a la "dialéctica" de la revolución y a la misma voluntad de Mussolini, trabado y aprisionado —como se pensaba entonces— por los círculos capitalistas, los jerarcas mediocres y por sus pretorianos.

[2] Son de esa época, aproximadamente, los juicios muy lisonjeros para Mussolini de Amilcare Cipriani, antiguo héroe del primer socialismo que había tomado parte en la Comuna de París; Gaetano Salvemini, quien lo definió como "el hombre necesario para expresar y representar en este momento histórico la necesidad de un movimiento sinceramente revolucionario"; Angelo Tasca, para quien era un "renovador" del PSI de quien desconfiaban los "viejos", pero que nucleaba la fe y la esperanza de los "jóvenes"; Antonio Gramsci, quien le reconoció el mérito de haber hecho del "¡Avanti!" una palestra para sindicalistas y meridionales; y muchos otros. Es sabido que, más tarde, hasta Lenin reprochó a los socialistas italianos haber dejado escapar al único hombre de temperamento revolucionario que tenía el PSI.

[3]. Frase inventada por la hagiografía fascista, pero nunca fue pronunciada. En cambio, parece que Mussolini le dijo al Rey mientras se inclinaba para estrecharle la mano, después de la presentación hecha por el general Arturo Cittadini: "Agradezco a Vuestra Majestad haber reconocido el patriotismo de la revolución de las camisas negras."

[4] Los diputados fascistas, elegidos en mayo de 1921 e invitados por Giolitti a formar parte del "bloque electoral nacional", eran 35. El PNF no tenía ningún senador.

[5] Se había producido un rozamiento en 1928 por la ley que instituía el Gran Consejo y que atribuía también a este órgano competencia en materia institucional, en lo que respecta a la sucesión; pero el Rey, al final había aceptado la medida. En marzo de 1938, el Rey debió superar su fastidio por la proclamación de Mussolini como mariscal en el Senado. También él tenía la misma dignidad con las mismas insignias en las mangas del uniforme. Otra rencilla se produjo cuando se trató de hospedar a Hitler en el Quirinal.
Finalmente cuando comenzó la época de las conquistas militares, desde 1935 en adelante, el Rey tuvo que sufrir algunas intromisiones de Mussolini en el celoso ámbito de las fuerzas armadas, pero el Rey inclinó la cabeza ante esto y ante otras cosas, terminando por ceder a Mussolini, en julio de 1939, el título de comandante supremo, que estatutariamente le correspondía a él. No fue tampoco la más grave violación del Estatuto que aceptó el Rey.

[6] Sobre esto, véase la detallada documentación suministrada por el autor de este estudio en el libro *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, Feltrinelli, 1962.

[7] Véase al respecto 1943: *25 luglio-8 settembre*, Feltrinelli ,1964.

[8] A Badoglio le escribió, entre otras cosas, que no habría puesto dificultades a la obra del nuevo gobierno y hasta se consideraba "dispuesto a toda colaboración posible", a la par que deseaba éxito a la "difícil tarea" iniciada por el mariscal, "por encargo de Su Majestad, el Rey, de quien fue durante 21 años y soy todavía leal servidor". A quien le mostró la lista de los nuevos ministros de Badoglio le dijo que se trataba de "un buen gobierno" (casi todos sus miembros eran conocidos como fervientes fascistas) y que sabrían continuar su obra. A su hermana Edvige le escribió el 31 de agosto que se consideraba "difunto en unas tres cuartas partes" y que el pasado estaba muerto del todo y se lo debía olvidar. En cuanto al presente, no tenía otra aspiración que retirarse a sus tierras de Predappio "y allí esperar el fin", con toda confianza, porque —decía— "espero mi retorno a la Rocca, conforme a la palabra del mariscal Badoglio, en la cual creo". Al almirante Maugeri, al versar la conversación sobre la posibilidad de reasumir el poder bajo la protección alemana, le dijo que esto habría sido para él "la mayor de las humillaciones".

[9] Algunas fuentes se refieren a los encuentros secretos que Mussolini habría tenido, en abril y en setiembre de 1944 y en enero de 1945, con emisarios de Churchill en Ponte Ceresio, en el límite lacustre con Suiza. Su hijo Vittorio llegó a afirmar que no podía negar categóricamente que su padre (quien a veces se alejaba hasta durante una semana de Gargnano) se haya encontrado personalmente con Churchill en los últimos meses. Su hermana Edvige recuerda que el 17 de abril de 1945 le aconsejó dirigirse a Churchill, en caso de necesidad. También su médico personal alemán, Zachariae, al aludir a confidencias de los últimos días relativas a la ya desaparecida posibilidad —pero con la que antes especulaba— de un armisticio con Inglaterra, hace decir a Mussolini: "Pienso que la cosa me habría sido posible, pues tenía intención de reiniciar mis relaciones personales con Churchill como punto de apoyo (. . .); conozco al *premier* y sé cómo es necesario hablarle."

Blibliografía

Para la bibliografía de Mussolini, es interesante comparar las que figuran en la *Enciclopedia italiana di scienze, lettere ed arti*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, volumen XXIV, páginas 160, 1934-1943, es decir, la versión oficial, con la que figura en el volumen VIII en la página 199, de la misma obra, editada por el Instituto Poligrafico dello Stato, en 1970. De la segunda, son las siguientes:

Scritti e discorsi. 13 vol. 1934-1940. Edición oficial. Período prefascista: *La mia vita*. Escrita en los años 1911 y 1912; *Il Trentino visto da un socialista - Note e notizie* (1911, con los *Quaderni della Voce); Claudia Particella*, novela en entregas, publicada en 1910 en *Il Popolo* de C. Battisti; *Giovanni Huss il veridico*, en 1913. En 1932, publica *La vita di Arnaldo;* en 1941, *Parlo con Bruno;* conmovedoras páginas a la muerte del hermano y del hijo. Su última etapa está en *La storia di un anno - Il tempo del bastone e della carota*, que apareció en 1944 en el *Corriere della sera*, primero en entregas y despues en volumen. Respecto de todos sus escritos, están en: *Opera Omnia di Benito Mussolini* al cuidado de Eduardo y Duilio Susmel, Florencia, La Fenice, 1954-1962, 34 volúmenes. Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Vol. 3. Totalitarismo. Madrid, Alianza, 1981. Cartier, Raymond. *La segunda guerra mundial*. 8. ed. Barcelona, Larousse, Paris-Match; Planeta, 1982, 2 tomos. Ciano, Edda. *Témoignane pour un homme*. París, Stock, 1975. Coverdale, John F. *La intervención fascista en la Guerra Civil Española*. Madrid, Alianza, 1979. De Felice, Renzo. *Mussolini*. Turín, Einaudi, 1965, 6 vol. Fermi, Laura. *Mussolini*. Milán, Valentino Bompiani, 1963. Tiene una bibliografía representativa al final del libro. La primera edición es de 1961, en inglés, y la editó la University Chicago Press. Legnani, Massimo, Roberto Parenti y Augusto Vegezzi. *Ventesimo secolo*. 6. reimpr. Bolonia, Zanichelli, 1984. Lombardi, Gabrio. *L'8 settembre fuori d'Italia*. 4. ed. Milán, Mursia y Cia., 1969. Matrat, Jean. *Mussolini: du Gauchisme au Fascisme*. París, Structures Nouvelles, 1969. Mussolini, Rachelle, y Albert Zarca. *Mussolini sans masque*. París, Fayard, 1973. ——· *Benito, mi hombre*. Barcelona, L. de Caralt. Mussolini, Vittorio. *Mussolini intime*. París, France-Empire, 1973. ——· *La vida de mi padre*. Madrid, Cid. Spampanato, Bruno. *El último Mussolini*. Barcelona, Ediciones Destino,1957. Tasca, Angelo. *El nacimiento del fascismo*. 2. ed. Barcelona, Ariel, 1983. Vaussard, Maurice. *La Conjuration du Grand Conseil fasciste contre Mussolini*. París, Del Duca, 1966. Zara, Philippe de. *Mussolini contre Hitler*. París, Latines, 1934. Zavoli, Sergio, con la colab. de Odek Osser y Luciano Onder. *Nascita di una dittadura. 5. ed. Turín, Società Editrice Internazionale, 1974.*

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc. 148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

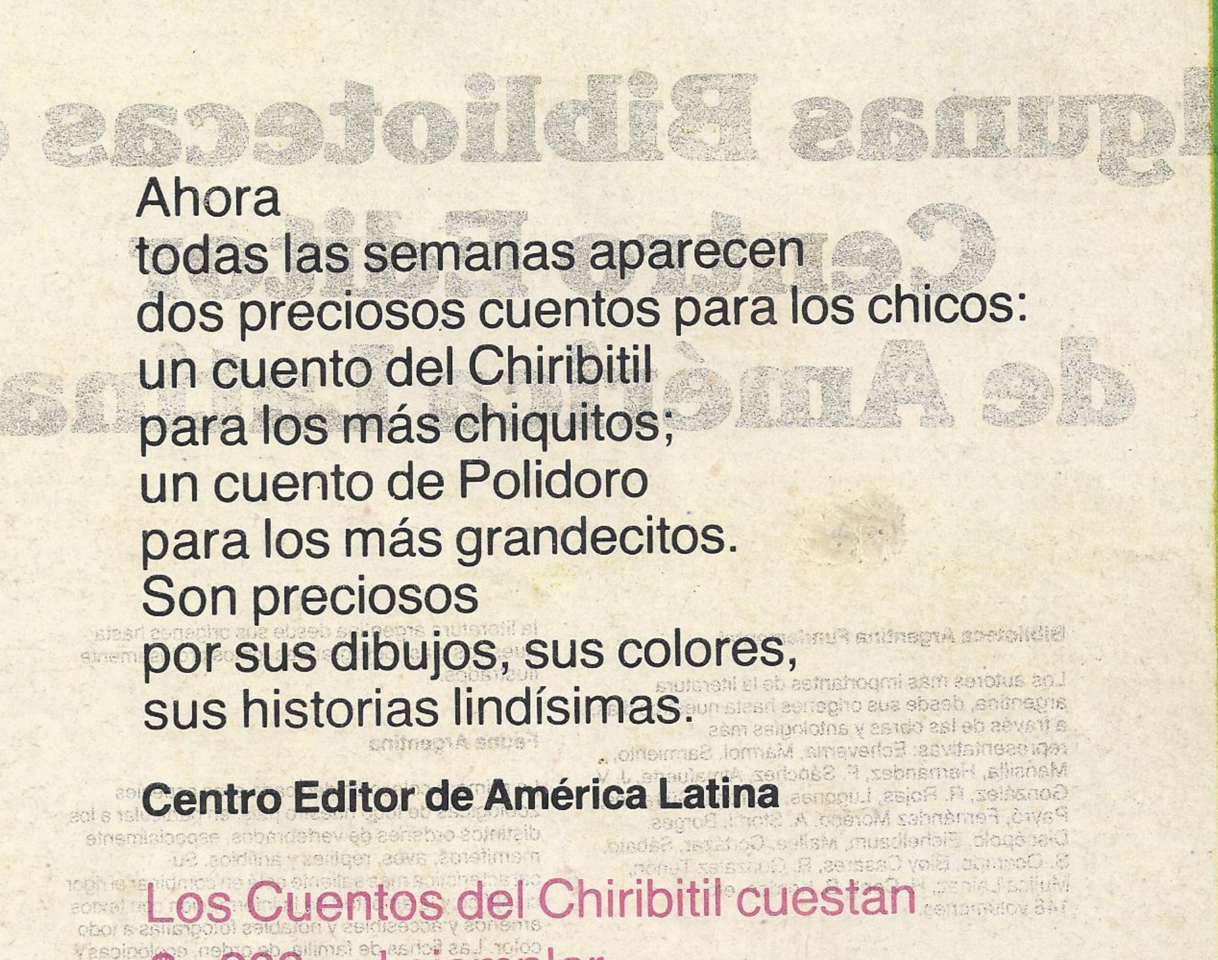
Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).



Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

Centro Editor de América Latina

Los Cuentos del Chiribitil cuestan
$a 200.- el ejemplar.

Los Cuentos de Polidoro cuestan
$a 150.- el ejemplar.